María Jesús Mardomingo

Tiempos cortos

Historias de Psiquiatría Infantil

Edición digital de la Autora, 2019

Tiempos cortos

Historias de Psiquiatría Infantil

María Jesús Mardomingo

Doctora en Medicina
Especialista en Psiquiatría del niño y del adolescente
Jefa de Psiquiatría Infantil Hospital GU Gregorio Marañón, Madrid
Profesora Universidad Complutense

Tiempos cortos

Historias de Psiquiatría Infantil

Fotografías: Luis Viani

Edición de la Autora
www.mardomingopsiquiatriainfantil.es

Copyright María Jesús Mardomingo Sanz, 2019
Edición digital de la autora, 2019
Reservados todos los derechos

Desarrollo de la edición digital, Luis Viani
www.mardomingopsiquiatriainfantil.es

Edición en papel, Díaz de Santos, 2005
http//www.diazdesantos.es

A Boni Escudero «*in memoriam*»

A Nieves Arias, Elena Parra,
Amalia Espinosa y Petra Sánchez,
gracias, siempre.

A los amigos y compañeros
del Hospital Infantil Gregorio Marañón
que han formado parte del transcurrir de la vida.

Prefacio

A lo largo de toda mi vida de médico he sentido asombro y gratitud. Asombro ante las vidas de los pacientes y gratitud porque ser médico, como lo fue mi padre, me ha permitido tocar el alma de la gente.

El encuentro del médico con el paciente, cuando éste acude pidiendo ayuda, es una de las circunstancias más extraordinarias de diálogo y encuentro humano. Una situación en la que, como diría Pascal, sobrevuela la gracia. El contacto con el paciente transforma la realidad del médico, cambia la visión de lo que hasta entonces ha contemplado y de lo que le queda aún por contemplar. Transforma la imagen de sí mismo y de la vida.

El paciente que habla y el médico que escucha se acompañan, comparten un lenguaje exclusivo de palabras y silencios, donde decir es no decir y donde hablar es también callar. Ambos son los depositarios de una verdad secreta que a nadie más incumbe.

Los relatos de este libro son historias que solo la autora conoce y que, por tanto, solo ella puede escribir. Nacen del deseo de que las vidas de sus pacientes no se pierdan, del deseo de rescatarlas del olvido trasladándolas al

mundo de la escritura y de los libros. Así otras personas y otros pacientes, al leerlas, se sentirán reconocidos y quedará patente que la vida de las personas que sufren problemas psiquiátricos no es una vida enajenada y extraña, sino cargada de riqueza, como la de cualquier otro ser humano. Lo mismo que el pintor capta un instante en el fluir del tiempo y pintándolo lo fija y lo salva de la fugacidad, el médico que escribe atrapa todo un mundo personal que se ofrece a su mirada y lo protege del olvido.

El médico que escribe acerca de los pacientes y de su experiencia, opta por otra forma de aproximación a la condición humana, por otro modo de escrutar el sentido de la existencia. En realidad escribe porque tiene un tema y el tema lo recibe de la vida. El paciente que habla y el médico que escribe su relato, buscan juntos el significado del transcurrir cotidiano. Es más, el afán narrador del paciente transforma al médico que escribe por él y para él.

Las fotografías de este libro son inseparables de los relatos, forman parte del relato. El fotógrafo, Luis Viani, ha tocado, también él, el alma de los protagonistas y, por qué no, el alma de la autora.

Joaquín Vioque y Antonio Vila de la Editorial Díaz de Santos, no solo son mis editores, con ellos comparto el privilegio de hablar sin necesidad de palabras, uno de esos raros dones de la vida que te empuja a apreciarla.

María Jesús Mardomingo

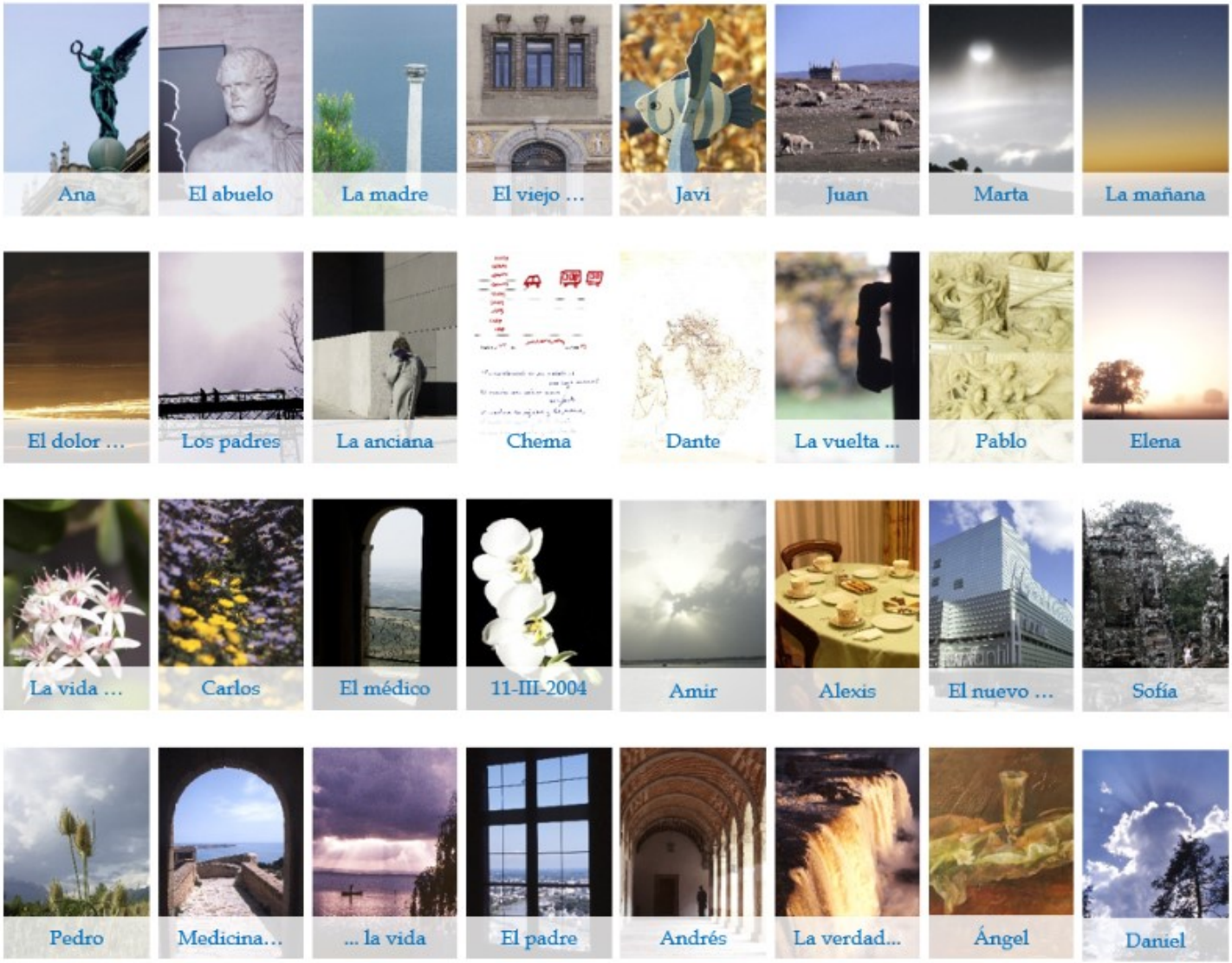
Madrid, Parque del Marqués de Suances, 18 de febrero de 2005

Los tiempos son siempre cortos
cortos para buscar la felicidad
para retenerla cuando se encuentra
para olvidar el dolor
para esperar la muerte que se avecina.

De toda la memoria solo vale
el don preclaro de evocar los sueños

Antonio Machado

Índice gráfico



Índice

ANA	**1**
EL ABUELO	**9**
LA MADRE	**17**
- EL VIEJO HOSPITAL	**23**
JAVI	**29**
JUAN	**35**
MARTA	**45**
LA MAÑANA	**55**
EL DOLOR DE VIVIR	**61**
LOS PADRES	**67**
LA ANCIANA	**73**
CHEMA	**79**

DANTE **85**

LA VUELTA A CASA **91**

PABLO **97**

ELENA **103**

LA VIDA VERDADERA **113**

CARLOS **119**

EL MÉDICO **131**

11 DE MARZO DE 2004 **137**

AMIR **145**

ALEXIS **153**

EL NUEVO HOSPITAL **159**

SOFÍA **165**

PEDRO **173**

LA MEDICINA Y LA ESCRITURA **181**

EL TRANSCURRIR DE LA VIDA **187**

EL PADRE **193**

ANDRÉS **201**

LA VERDAD SECRETA **207**

ÁNGEL **213**

DANIEL **221**

POESÍAS **228**

LOS RELATOS **233**

LAS FOTOGRAFÍAS **235**

Ana

Cuando habla utiliza el subjuntivo como ya no lo hacen la mayoría de los adultos. Explica lo que piensa y lo que ve con riqueza de detalles y una capacidad para expresar las emociones siempre sorprendente. Pero no es pedante, a sus cinco años habla sin la menor ostentación. Lo suyo es precisión e inteligencia, un dominio del lenguaje que es un don y le sirve para defenderse y comprender las vicisitudes de la vida.

La primera reacción cuando el padre le dijo que se separaba de la madre fue de estupor: "Papá, me estás gastando una broma, ¿verdad?". Después fue de cólera, luego de batalla frontal encaminada a reconquistar la felicidad perdida, la armonía añorada, y por último, de resignación y dolor.

Cuando viene a ver a su doctora repite una y otra vez: "no tienen derecho, nunca los voy a perdonar". Y al comentario de que al menos seguirán siendo amigos y se llevarán mejor, contesta encolerizada: "no quiero que sean amigos, quiero que sean papá y mamá". Cuando los padres coinciden en la sala de espera y se sientan distantes y distanciados, ella los ruega y los ordena que se sienten juntos como una pareja de papás.

Su mundo se ha hundido, ella los quiere a los dos y se ha quedado para siempre sin hogar, porque vivir solo con la madre no es un hogar, es un mal remedio a la hecatombe que le ha sobrevenido. No puede comprenderlo, no entiende que sus padres, a quienes nunca ha oído discutir, se hayan separado porque se llevan mal. Y un día la pregunta le sale de dentro, veloz como un disparo: "¿papá tú tienes novia?". Al padre lo coge desprevenido y no contesta, pero ella insiste, y como el padre continúa en silencio, dilucidando el modo de estar a la altura, la niña aprovecha la ocasión: "entonces tienes que volver a casa. Ya te he dicho que no voy a volver. ¿Por qué? Porque me llevo mal con tu madre. Yo también discuto con Pablo y no por eso me voy al extranjero". La lógica del razonamiento es contundente: "solo porque te peleas ¿tienes derecho a marcharte?" La niña busca desesperada una razón poderosa, un argumento que cambie la dirección de los acontecimientos, que detenga la pesadilla absurda que ha tomado posesión de la vida de la familia. Contempla atónita la tragedia inesperada y pide cuentas a los dioses y a los hombres de esa gran injusticia.

En el colegio mira una por una a sus compañeras, y uno por uno a sus compañeros. Está segura, ella es la única cuyos padres se han separado. Siente vergüenza y ganas de llorar, pero no llora, todo lo contrario, ¡ahora van a ver quién es ella, se van a enterar! Ya no quiere aprender las letras y los números, ni hacer los dibujos que tanto le gustan. Cuando la profesora habla ella canta, y cuando un niño lee en voz alta, le tira la goma por detrás, y cada vez que pasa Paco, el sabelotodo, le pone disimuladamente la zancadilla. Ya no quiere jugar con sus amigas, su juego predilecto es a los papás y a las mamás. Normalmente se turnan, un día hace una de mamá y otra de niña; y có-

mo va a hacer ella de niña si ya no tiene un papá en casa, y cómo va a hacer de mamá si ya no hay un papá cuando vuelve por la tarde.

Su doctora le explica las razones por las que sus padres se han separado y le insiste en que la separación es definitiva y en que ya no volverán a vivir juntos. Ella escucha en silencio, concentrada, como si se tratara de un problema complejísimo de matemáticas. Y al preguntarle, "¿lo has comprendido?", se limita a decir, "no". Y en verdad es no. Tal vez un día termine por aceptarlo pero nunca por comprenderlo. Y repite una y otra vez, "yo los quiero a los dos, no tienen derecho, nunca se lo voy a perdonar".

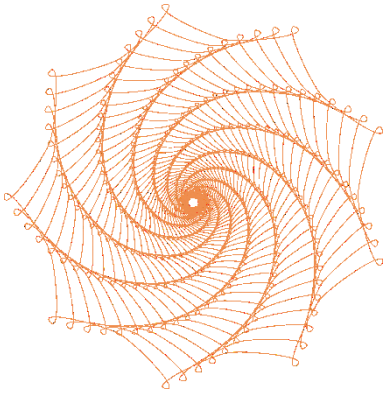
El padre desea llevarla una tarde al circo y ella hace un nuevo intento de que estén juntos y le ruega a la madre que ella también vaya. "Ya sabes que no voy a ir. ¿Por qué? Porque no puedo. Pues que sepas que así yo no lo puedo pasar bien". Cuando vuelve, entra corriendo en la casa, busca a la madre y le dice sin esperar, "que sepas que era la única niña, en todo el circo, que no estaba con sus papás. Todos los niños estaban con su papá y su mamá, menos yo. Mamá, te lo digo, yo así no puedo ser feliz".

Ahora ya es mayor. El paisaje de la infancia se ha convertido para ella en un recuerdo inestable. No está segura de cómo sucedió todo, duda de lo que dijo exactamente su madre en aquella ocasión, o de lo que dijo el padre, de cuáles fueron las palabras de cada uno, qué significado albergaban. Acaba de cumplir dieciséis años y ve la vida como un río con sus meandros y rápidos, como una corriente que, tal vez, solo es posible entender si se la juzga en su totalidad. Pero la memoria personal es selectiva y una fuerza misteriosa relega al olvido personas y aconteceres, mientras otros, permanecen en el recuer-

do con plena nitidez. Aconteceres cuyo significado oscila y se enriquece desde la perspectiva concreta del momento en que se rememoran. Todavía recuerda cuando le dijo a su médico: "tú eres la única persona de mi familia que habla bien alemán". Su doctora era uno más de la familia, aquella a quien contaba lo que no contaba a nadie. A veces son hechos anodinos que la necesidad de arraigarse en la vida convierte en hitos trascendentales de la propia existencia, o en la clave indescifrable de esa locura elegida que nadie es capaz de explicar ni de entender. Pero ella ha comprendido que elegir la locura implica optar por la destrucción. Desea preservar los recuerdos del pasado que la confortan, esos momentos de luz que alimentan su corazón. Ve la vida como un río cuyas aguas fluyen sin cesar, pero con un recorrido establecido, con estaciones conocidas que solo una catástrofe, o la acción pertinaz del tiempo, podrá cambiar. Todo fluye, sí, susurra Heráclito, y todo permanece, contesta Parménides.

Esta mañana ha vivido un momento de profunda paz interior, de reconciliación consigo misma y con el destino. Se ha despertado antes del amanecer y una pálida luz iluminaba la habitación cuando abrió los ojos. Se ha acercado a la ventana, ha escuchado los primeros cantos de los pájaros en el jardín y ha contemplado el resplandor de las gotas de lluvia en la hierba. Durante los últimos días no ha dejado de llover y la atmósfera está cargada de humedad. El sonido de la lluvia ha acompañado sus sueños y le sorprende el silencio de la casa en la penumbra plateada de la habitación. Y entonces se da cuenta de que cuanto fue y cuanto quiso ser, y cuanto amó, es la fuente de la nostalgia que siente.

Tiempos cortos



https://pixabay.com/illustrations/spirograph-pattern-orange-design-1988786/

El abuelo

Mi nieto, doctora, ha querido suicidarse porque no entiende esta vida, y por eso hemos venido a verla, y aquí estamos los dos, para que nos dé su opinión. El equipaje que la sociedad actual da a los jóvenes no les prepara para vivir. Son pobres robots volcados en los hechos materiales. No entienden la vida y mucho menos entienden la muerte. Lo tienen todo y carecen de lo esencial, saber pensar. Emprenden desde niños un camino equivocado y luego es muy difícil rectificar. Yo al nieto lo veo perdido, y su pérdida es muy grande, pues las palabras no le ayudan. Se obstina, empecinado, en una visión corta de las cosas y no comprende que eso no basta. No comprende que es muy dura la vida cuando no se cree en nada. Qué gran error. Es pasmoso, doctora, la facilidad con que se extiende el mal y la dificultad que tiene el bien para arraigarse. Se lo dije a mi hija desde siempre, llévalo derecho que es muy frágil. Pero ya sabe usted cómo son las madres, el amor las debilita y les nubla la visión. No, no debe ser así, el amor tiene que ir de la mano de la lucidez cuando se trata de los hijos. Si no, después todo son lágrimas.

Y aquí nos tiene doctora, a ver si usted, con su buen hacer, encarrila a este infeliz que se ha perdido, pero seguro que desea volver y solo necesita las pa-

labras exactas, las palabras adecuadas que usted conoce, esas que le lleguen al alma y lo cambien por dentro.

Cuando yo tenía su edad, como quien dice, ya había recorrido medio mundo y sabía distinguir lo que era de lo que no era. Fue la necesidad la que me echó de casa, yo tan apegado a mi madre, pero la necesidad y la disposición me abrieron los ojos y me convirtieron en un hombre. Lo peor es la soledad, pero también hay que saber apreciar la compañía, y cuando eso es así, casi siempre se encuentra. Yo salí del valle para ir a las montañas y ya tenía el amor por la naturaleza. Aquellos picos tan altos que daban vértigo. Los primeros años, los obreros de la Eléctrica subíamos en mulos a lo alto, después nos llevaban en helicóptero. Un día, suspendidos en el aire, uno dijo contemplando tanta hermosura: debe haber Dios, y nadie dijo nada. Yo prefiero la empresa paternalista que mira por ti y tú por ella, pero eso ya no se estila, todos son caníbales. Todos devoran. Y mi nieto está aterrado, y yo le digo, no te asustes, todo es posible, tú puedes tener tu propio mundo, tú también puedes ser feliz. Pero sus ojos siguen con esa expresión sorda y muda, y mi hija llora, y por eso hemos venido, buscando su acierto doctora, el acierto de alguien cabal. Nos lo dijo una vecina, ya veréis como ella os ayuda, y nació la esperanza, esa luz tan necesaria para sobrellevar las cargas. Porque usted lo sabe, siempre hay una carga.

Algunas noches cuando me acuesto vuelvo a ver los paisajes de mi infancia, me entretienen la duermevela, me conducen al sueño. Siento un intenso olor a heno recién cortado en el valle y veo las variedades de verdes de los campos que suben hacia lo alto, hasta donde comienzan los bosques de coní-

feras. Más arriba, los bosques desaparecen y se extienden los prados altos, donde crecen rododendros, lirios, mirtilos, cardos y violetas, ciclámenes y amapolas blancas. Y aún más arriba solo queda el imperio del mundo mineral y de los pájaros, el reino de los líquenes y los musgos. Allí la luz nacarada de las rocas calcáreas y los cuarzos se confunde con el azul profundo de los glaciares y todo es silencio y quietud. Otras veces veo las sombras de la tarde persiguiendo en el lago la luz plateada que viste las montañas, y cómo, poco a poco, la dan alcance. Los reflejos del agua se tornan entonces pozos oscuros, espejos de la noche. Me veo a mí mismo joven y siento lo que sentía, me reencuentro. Ese sentirse a sí mismo uno y en uno, pacifica. Una vez tuve un amigo que era filósofo, hablaba del hombre como un ser-para-la-muerte, como si eso fuera el destino y el final, pero yo así no lo veo. Hay también en este mundo bondad y verdad, y para qué están, si no vienen de algún sitio y hacia otro se dirigen. Nadie nos ha dicho lo que hay al otro lado y nadie nos lo va a decir, pero libre es cada uno de pensarlo, si no es con imágenes, al menos con ideas, porque, digo yo, que las grandes preguntas no han cambiado: quien soy, por qué estoy aquí, para qué. Y no importa que no tengan respuesta. Tal vez esta vida no es más que una sombra, un eco, un reflejo de la otra. No lo sabemos. Solo dos cosas son importantes, el amor y la muerte. Un recorrido conduce del uno al otro, se dan la mano, se alimentan. El amor, cuando se tiene, hay que apresarlo para que nos sostenga el resto de la vida. La muerte está a nuestro lado desde que vinimos al mundo, espera atenta el momento de acogernos. Pero no hay que adelantarse, hay que esperar su llegada.

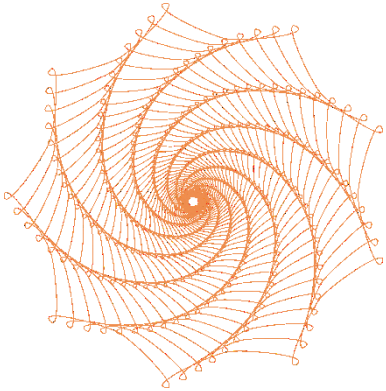
Una vez leí un libro sobre los egipcios, y a usted se lo puedo contar, doctora, pues sé que me va a entender. La visión que ellos tienen del mundo es

acorde con la mía, pues si bien se nutre del pasado mira al porvenir, un porvenir que prosigue después de la muerte, en un viaje que continúa por otras esferas y realidades. Lo mismo que los egipcios preparaban a sus muertos, yo me preparo para ese viaje. Quiero que mi retrato me acompañe, la imagen de mí mismo que con arte y pasión, acierto y desacierto, he construido a lo largo de los años. Creo sinceramente que debe haber una vida después y deseo entregarme a su preparación con la minuciosidad de un artesano. Quiero que mi fe sea la fe del hombre ilustrado que llega a su encuentro por el camino de la razón. Sí, razón y fe, racionalidad y pasión.

La muerte no significa una ruptura, le digo a mi nieto, sino una prolongación del arte humano de vivir, y tú no tienes derecho a interrumpir ese camino de perfección. No es un adiós, sino la continuación de un viaje por otros caminos y esferas celestes. Yo que he podido viajar a Grecia y tanto admiro a los griegos, me siento egipcio y deseo disponer mis provisiones: el barco, las esencias y perfumes, las vendas del consuelo, el retrato, la compañía del dios Anubis que espera y acoge en el dintel de la puerta. El tiempo queda así suspendido en un presente eterno, capturado en la mirada del que muere, que su retrato representa. Una mirada entre dos vidas, la que termina y la que se inicia, un punto de unión entre un tiempo lejano y un futuro que está más allá de la realidad de quien contempla. Creo, sin la menor duda, que es la experiencia sagrada lo que vincula a la vida con la muerte, lo que liga la vida humana con la de los dioses. El carácter efímero de la verdad adquiere así una dimensión eterna, y la muerte no es más que la compañera a lo largo de la vida de un ser que en ella tiene su destino. La muerte, ese lugar del que el hombre nunca ha sabido nada, no me asusta. Camina a nuestro lado, ajustan-

do sus pasos a nuestro ritmo, acompasando el latido de nuestro corazón. Pero hay que respetarla.

Veo mi vida como la trayectoria de una flecha, la línea ascendente, el descenso que comienza, la dirección certera hacia su destino, la llegada, el reposo. La muerte es en este recorrido el tránsito desde esa primera parte de duración limitada, que es la vida que tenemos, a la vida de duración ilimitada del más allá. No es un final, es solo la continuación, pero hay que saber apresar el soplo de la vida que nos ha sido dada antes de que se extinga. Siempre me ha gustado el equilibrio y el orden de las cosas y siento que me encamino a la tierra del reposo y el silencio, y saberlo me hace bien. Pero pienso en él, mi nieto, y antes de dejarlo quiero que aprenda que a él aún no le toca, porque para entender la muerte, hace falta, entender antes la vida.



La madre

Le gusta la música de Schubert que tanto amaba su hijo, el hijo muerto por propia voluntad, por absoluto deseo. Una muerte que fue madurando por dentro, poco a poco, haciéndose a la idea, sintiendo su compañía, como la más pura expresión del consuelo. Superar el pasado, liberarse de él, no era posible. Hubiera significado convertirse en otro, y él no quería ser otro. Y el pasado era una visión de horror y lágrimas que lo abarcaba todo. Se reprochaba no haber sabido detener el tiempo, transmutar la realidad, por el movimiento mágico del amor. Pero no, el amor no lo cura todo, el amor de uno es silencio y distancia en el otro. No, el amor no basta. Y si el amor no basta, hay que buscar el descanso, la ausencia de dolor, la nada. Volver al magma informe del origen del mundo, que el alma migre al corazón de una margarita blanca, de una violeta. Mejor una flor, sí, los pájaros tienen corazón, los tigres tienen corazón, las flores no, solo alma. Y el corazón es peligroso porque traiciona. El hijo siente que los dioses han dejado de poner en él su mirada y ha quedado abandonado a su suerte. Como Héctor encuentra la muerte a manos de Aquiles cuando Marte aparta de él sus ojos, él teme que ese abandono lo lleve a la pérdida definitiva de una parte de sí mismo que nunca volverá a tener. Mejor la muerte.

La madre lo intuye, lo sabe, pero no lo entiende. Desde siempre todo ha girado en torno de sí misma. Habla con el hijo para ser escuchada, quiere que él tome partido, que elija, y si no la elige a ella, lo castiga con su reproche y distancia. Un reproche sutil, una distancia medida. Desconoce el amor sin condiciones, la entrega total que implica salir del todo de sí misma. Vive entregada al cultivo de sus necesidades, de sus ilusiones, de un mundo interior que considera único, tocado por la gracia.

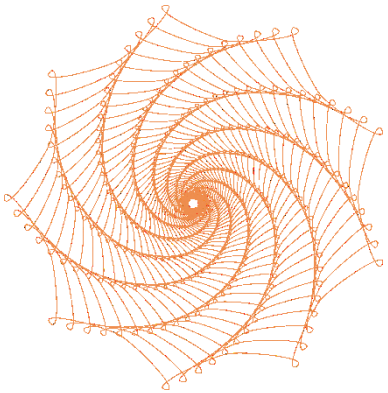
Nunca pensó que todo pudiera llegar tan lejos, se siente confusa, pero se mantiene obstinada buscando una causa ajena a ella, una causa situada fuera, en los otros, en las circunstancias de la vida, en la debilidad del hijo. Se calla. Levanta la mirada hacia el médico y se sorprende de que hayan transcurrido tantos meses desde que sucedió la desgracia. Está cansada, desea irse a casa, sentarse en la penumbra de su habitación, escuchar música, descansar. Quiere oír a Schubert y busca entre los discos del hijo "La muerte y la doncella" que a él tanto le gustaba, una música premonitoria, cargada de significado. La muerte que se acerca, su llamada tan dulce, no temas, no temas, la sorpresa y el miedo de la joven, el descanso final. Desea abandonarse, ella también, al descanso de la música, a la emoción de la belleza.

No es capaz de liberarse de esa visión egocéntrica de sí misma. El hijo como el niño pequeño que continúa en la infancia y no pide, solo recibe. El hijo como una prolongación de sí misma, siempre centrada en sus pequeñas necesidades, por encima de todo, como si la vida fuera un juego, absorta en una sensibilidad que considera excepcional. Y el hijo necesitaba una columna, una

muralla en la que reposar, un vaso de arcilla que recogiera la sangre que le goteaba, mirándole cara a cara, sin que el pulso temblara.

Y ahora todo son palabras en medio del silencio, todo son preguntas cuando no hay respuesta. Pero el dolor no es tan grande. Una carga de razones, guiadas por el instinto, se ha aposentado poco a poco en lo más hondo. Una coraza lustrosa y dura por la que resbalan las palabras y el agua que brota de la fuente del sufrimiento.

Y la vida sigue camino de la siguiente parada. Recorre las estancias que quedan, como el tiempo recorre las estaciones del año. Y en el fondo, qué sorpresa, solo era esto, el dolor solo era esto.



El viejo hospital

El hospital se traslada otra vez de edificio y da la impresión de que toda nuestra vida de médicos ha estado marcada por la relación personal con un espacio que cambia de lugar a lo largo del tiempo. El hospital cambia y nosotros vamos con él, y él con nosotros, pues lo llevamos dentro.

Primero fueron los altos techos de la Inclusa, en la calle de O'Donnell, con los amplios pasillos revestidos de azulejos, la rotonda de cristales donde nos reuníamos cada mañana, las altas terrazas y los patios interiores de ladrillo. Tan altas eran las ventanas para el tamaño de los niños, que uno de ellos, Luisito, les pidió a los Reyes una ventana para ver la calle. Esas largas salas y pasillos, inadecuadas para ser un hogar, pero cargadas de carácter, son las que eligió Victor Erice para rodar algunas escenas de su película *El Sur*.

Los médicos mayores nos contaban entonces a los recién llegados, algunos todavía estudiantes, que hasta hacía poco aún existía el torno giratorio con su letrero "*aquí se deja a los niños*". Y en el sótano de abajo se conservaba el Archivo con la historia de la Inclusa de Madrid y la historia de tantos niños que allí fueron abandonados. Eran los niños expósitos, los niños incluseros, los

niños de nadie. A algunos los dejó la desgracia, a otros la necesidad y la vergüenza, a todos la injusticia.

Al edificio de O'Donnell le siguió el de Doctor Castelo. Bastaba cruzar el patio, éramos jóvenes, teníamos esperanza, cultivábamos las ilusiones. Se nos ofrecía un proyecto nuevo, otra forma de ver por vez primera el mundo.

Las diferentes etapas de la historia del hospital han pasado como un soplo. El comienzo y el final de cada una de ellas se evaporaron como un suspiro, como una lluvia fugaz de verano. Pero queda un sentimiento interior de historia verdadera, de hechos acontecidos, de logros y de fracasos. Una corriente de felicidad recorre el tiempo transcurrido, y a su lado, agazapado, un sentimiento de impotencia y desamparo, la constatación irrefutable de que también morimos de tantas pérdidas.

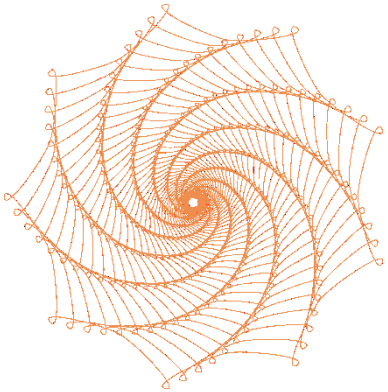
La historia verdadera del hospital está en las historias sin nombre de tantas personas que por aquí han pasado. Sujetos anónimos que cobran identidad cuando llegan a esta casa, pero que carecen de interés, salvo en casos raros, para los cronistas oficiales. Los periódicos dan noticia de logros y acontecimientos, relatos de cara a la galería, ansiosos por transmitir novedades. Anécdotas y rumores, planes de prevención que salen en la tele, o fotos del ministro que acompaña en coche a la policía en el transporte de un nuevo medicamento. Esa es la historia aparente, pero detrás está la historia profunda, la historia real, de vidas que se entrecruzan, ayudas desinteresadas, y pérdidas irreparables.

El médico reflexiona, sabe que ha llegado a ese punto de la existencia donde confluyen la plenitud de la vida y la conciencia de la muerte. Por un mo-

mento la nostalgia domina su alma, pero solo un momento, pues los gritos de los niños y el rumor de las conversaciones de nuevo lo llaman.

El rumor de las voces se desliza por el pasillo y las salas de espera como una nave sobre las aguas de un lago. Sube y baja de intensidad, cambia de tono, como el sonido del viento. Los colores de los jerséis y de los abrigos de los niños, rojos, azules, verdes, sugieren las plumas de pájaros exóticos, y como los pájaros cambian de rama en la floresta, los colores cambian, van y vienen, con el trasiego de los pacientes.

El hospital es un bosque, el hospital es un lago. Los niños, ellos sí nos acompañan, son el nexo de unión con aquel pasado, el hilo conductor, el punto de referencia que nunca se pierde, y sus voces prolongan las voces que un día resonaron en los techos de la Inclusa, tan altos, y el médico, que hoy está cansado, siente que a él también lo llaman y le hablan: atiende, escucha, el sueño que tuviste y que fue tuyo, sigue vivo, y a nosotros también nos acompaña.



Javi

Nunca ha querido reconocer su verdadera historia y se ha inventado una historia novelada para contar a todo aquel que quiera oírle, excepto a unos pocos, a quienes considera sus íntimos, con los que cree tener una relación sagrada, en la que para hablar de sí mismo solo hace falta el silencio. Se traslada por los largos pasillos de la Inclusa en un coche de ruedas, apoya el pie en el suelo y lo impulsa, y sale veloz sintiendo el placer de desplazarse. Tiene los pies zambos, las piernas arqueadas y nunca pudo sujetarse de pie, pero él observa el mundo desde la atalaya de su coche, altivo y distante, sintiéndose el jefe del resto de los niños que son más pequeños y que un día partirán, pues todos a los tres años se marchan hacia otros centros. Todos menos él, que no tiene familia pero que no será adoptado pues los futuros padres quieren niños sanos. Y él sabe que no crece y que su corazón tampoco funciona bien.

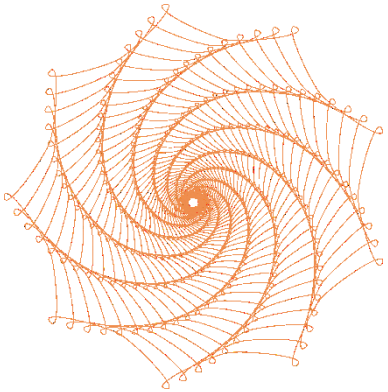
Todas las mañanas sor Milagros lo baña y le peina, desayuna y comienza la jornada: ir a ver a los médicos, ayudar a pasar la consulta, y ante todo, que quede claro, que él es distinto, que sus padres murieron en un accidente de coche, justo en la Plaza Mayor, y solo él se salvó. Piensa que es normal que no le adopten pues en realidad nunca fue abandonado, solo la mala fortuna le

condujo a estos salones, solo el destino, que es libre, o el azar, que no se puede prever. Pero él sigue fiel a su padre y a su madre, a los hermanos tempranamente muertos, a la memoria que con tanto ahínco se esfuerza en conservar.

Las madres de la consulta le escuchan embobadas, no se esperan tanta brillantez en un cuerpo tan pequeño. Y va de un lado a otro, sabiéndose protegido, hijo predilecto de los que allí mandan.

Él nunca se irá de esta que es su casa. Una vez hace dos años pidió marcharse, ser un poco como los otros, descubrir otros lugares, conocer nuevas personas, pero no lo resistió. No soportó la lejanía de los techos altísimos, los pasillos interminables, la voz de sor Milagros, las conversaciones con los médicos, las salidas al cine o las excursiones en coche. No soportó, sobre todo, que ya no fuera el jefe de los pequeños, el que contaba historias sorprendentes que todos escuchaban admirados.

Quiso volver, recuperar la cercanía de aquellos para quienes él se sabía único, retornar a la vida que había comenzado y terminaría en esa Inclusa, pero una vida también plena de afecto, una vida a la que él, de ninguna manera, estaba dispuesto a renunciar.



Juan

Aún recuerda, como si fuera ayer, el impacto que le produjo lo que dijo su prima: "nosotras, cuando eras pequeño, no sabíamos que existías". La conmoción de aquel momento nunca lo ha abandonado, como una impronta indeleble, un golpe seco y duro que le ha desviado de la vertical sin que logre volver a enderezarse. Esa es su impresión, todo su ser está inclinado y por más que lo intenta, no se logra enderezar.

Ahora tiene 18 años y no sabe con exactitud lo que sucedió durante el primer tercio de su vida, los seis primeros años que sus primos desconocen. Su madre le ha dicho que estuvo interno en un colegio, y él se pregunta: ¿tan pequeño? Los recuerdos de aquellos años se pierden en una nebulosa imprecisa. Ningún recuerdo concreto, ninguna imagen que evocar. Solo un edificio de techos y muros altos, los hábitos de las monjas, y las visitas de la madre de vez en cuando. Pero no, no logra recordarlo bien, y tampoco quiere preguntar. Ha captado desde hace mucho la inestabilidad de la madre, los cambios de humor, la contradicción de sus decisiones, las fantasías con que intenta dar coherencia a lo que cuenta y en las que busca refugio. Fantasías que son sustituidas por otras, con la mayor naturalidad, cuando la realidad confirma su falta de fundamento. Nada en la relación con la madre es estable y duradero,

nada tiene continuidad. Y él dice que no la entiende, pero aprueba sus decisiones, las acepta, se esfuerza en darlas sentido, y cuando por más que lo intenta, no lo tienen, piensa que hay otras razones y motivos que él no conoce y que la madre sabe, que sin duda y aunque sea de forma oculta, dan a tanto desvarío un punto de racionalidad.

Después ha sabido que la madre, por el qué dirán, lo dejó en el Hospicio. Y solo a los seis años, cuando iba a perder la patria potestad, lo llevó con ella al pueblo. Al principio la madre pensó decir que el hijo era adoptado, después no dijo nada, y los vecinos que ya lo sabían, lo recibieron como si nunca se hubiera marchado.

Anochece en el camino y las afueras del pueblo, a medida que se acercan, le parecen inmensas. Los troncos de los árboles se recortan sobre la llanura de trigos y la luz del ocaso se concentra en el horizonte. Todo es silencio, solo se oye el sonido del motor del coche. La madre calla como si conducir le supusiera un gran esfuerzo de concentración incompatible con la palabra. Él ya conoce estos silencios, la incapacidad de la madre para hablar de tú a tú, para preguntarse por los sentimientos del hijo. Él nota ese contraste, esa disonancia que chirría, entre la inmensidad de lo que él siente, la necesidad de tener su propia biografía, de ser él, y la frivolidad con que la madre responde y elude las preguntas. Es una distancia que convierte en mínimo todo lo que a él se refiere y en inmenso lo que a ella le afecta. La madre cree que los sentimientos del hijo no son más que una prolongación de los suyos y los hechos que ella cuenta, la única realidad posible, como si el mero hecho de enunciarlos en voz alta, de narrarlos, les diera el sello de lo auténtico.

Él nunca había pensado en recordar, aceptaba esa imagen difusa de los primeros años y buscaba afianzarse en lo que ahora era su vida: estudiar en la ciudad y volver al pueblo en vacaciones, volver lo más posible, para ser allí, en el lugar que más ama, uno más. Se siente ligado a la vida en el campo, al curso de las estaciones y las labores agrícolas, la siembra en otoño, la espera en invierno, el despertar en primavera, y el júbilo de la cosecha en el verano. Cuando está lejos de allí siente la nostalgia del sol en los muros encalados, en los poyos de las puertas donde se sientan los viejos después de comer hasta que el sol declina y un frío repentino los hace estremecerse. Entonces se levantan, la bufanda bien anudada, y se van a casa. Él los ve pasar y añora la simplicidad aparente de su vida, un itinerario en el que todas las etapas están bien definidas y cada uno sabe quién es, cómo llegó al mundo, dónde y por qué.

Le gusta la camaradería con la gente del pueblo, las meriendas en las bodegas y salir a cazar. Le fascina contemplar la destreza del vuelo de las aves, la inteligencia imprevisible de las liebres, la fidelidad de los perros a su lado. Los cazadores se colocan en línea y empiezan a caminar. La liebre está escondida, oculta en el lecho del surco, confundida con el color de la tierra y el rastrojo, y el galgo la busca, guiado por el instinto, menos listo, más fácil de engañar. Los cazadores avanzan con paso firme, atentos al momento de mayor emoción: cuando el galgo levanta a la liebre, y comienza la carrera, la veloz persecución que culmina en la captura o en la libertad. Él quiere que la liebre gane, que el galgo no logre darla alcance, pero no lo dice. A él lo que le gusta es la conversación con los otros cazadores, el fresco de la mañana, la escarcha

en el campo, los cambios de la luz, el placer de caminar y la compañía de los perros, siempre a su lado.

La prima, con su comentario inocente, ha abierto una sima en el principio de todo, un vacío poderoso en el origen de sí mismo del que no logra escapar. Se siente solo. Ya no sabe lo que quiere. Ha querido a la madre ciegamente, lo ha justificado todo. Su inclinación natural es la bondad, pero ahora nota que por dentro le crece la distancia, una distancia dolorida que no controla y que está modificando su modo de relacionarse con los otros y con el mundo. Una distancia que dinamita la relación con la madre, la confianza sin límites que siempre tuvo en ella. Y sospecha que si esa confianza se quiebra será muy difícil de reparar.

Su secreto exige un secreto absoluto, una lealtad total. Y se asombra de todo lo que está diciendo, él, tan parco en palabras, y tiene la impresión de que este relato, que ha decidido comenzar, nunca va a tener fin. Le gustaría que la doctora conociera la tierra de que habla y pudiera sentir las emociones que él siente. Que la doctora pudiera sentir la inmensa soledad en que su madre lo ha arrojado. Le gusta la música, no lo comenta con sus amigos, pero también escucha música clásica, y la doctora le está diciendo que esa noche escuche la tercera sinfonía de Mahler, y oiga el grito de júbilo y la melancolía de los instrumentos de viento, y el canto de la contralto "profundo es su dolor", y así, tal vez sienta que otros han sentido lo que él ahora siente.

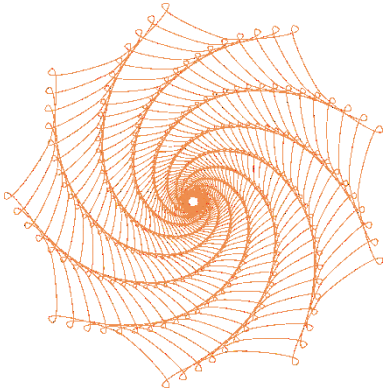
La música que anuncia la llegada del verano e invita a oír lo que dicen las flores del campo, los animales del bosque, lo que dice la noche con su canto que es la voz del hombre, el sonido de las campanas en la mañana que tañen los ángeles, y al final, lo que dice la vida celestial que habla siempre por la voz de los niños.

Ha vuelto al pueblo, pero esta tarde no quiere estar con los amigos. Sale de la casa cruzando el corral por la puerta trasera, y coge el camino que bordea el caserío y se dirige hacia el monte. Los perros saltan a su lado dispuestos a acompañarlo, pero él cierra la talanquera y los deja dentro. Quiere estar solo, las tierras de cultivo quedan al otro lado, por esta parte el terreno es abrupto y de tonos ocres. Hay algunas sabinas y quejigos, fresnos y pinos, también extensiones pedregosas con arbustos y zarzas al borde de una cacera. Camina absorto, ajeno al paisaje, ajeno a todo, quiere saber quién es él, y busca las claves en esta tierra, en la que todo indica que fue concebido por su madre, y en la que, a pesar de ser la suya, no llegó a nacer. La prima, con su comentario, ha descorrido el velo y sabe que está a punto de emprender una aventura personal.

Es invierno y hace frío. Unas nubes nacaradas se acercan desde el norte y sopla el viento. El camino está desierto, a lo lejos se dibuja la silueta solitaria de la iglesia perdida en medio del campo. Es el paisaje desolado del invierno, con los árboles desnudos y el ulular del cierzo, lo que convierte en abstracta e intemporal la silueta que se recorta en el horizonte. Siempre le sorprendió verla allí, como una imagen irreal, y hacia ella se dirige. Algo misterioso y cercano irradia de esta pequeña iglesia, solitaria en medio de la llanura, testi-

go fiel del pasado que transmite la ilusión de permanencia. Rodeada de silencio ha acogido en su galería a peregrinos, vagabundos, pastores en la tormenta, huidos de la justicia. Gente de buen y mal vivir. Y él quiere que a él también lo acoja y tal vez un día el cantero esculpa en uno de sus canecillos el símbolo de lo que fue su vida. O tal vez no, tal vez el símbolo está ya allí. Repasa las escenas representadas en lo alto, la matanza del cerdo, la vendimia, el fraile glotón, la lujuria, la ira, lo que siempre fue y así es y seguirá siendo hasta que todo se disuelva en el cosmos. Pero falta una, falta la del hijo abandonado. Se sienta en el banco de piedra bajo la galería, en el lugar sagrado donde reposan los muertos. Los arqueólogos descubrieron los enterramientos medievales hace unos años. Son tumbas pequeñas, como era el tamaño de los que allí habitaron, algunas minúsculas de niños, porque la muerte elige con libertad a los suyos y a todos iguala.

La pequeña iglesia le parece el mejor de los consuelos. Él siente que su visión le invita a la experiencia mística de comprender que todo está allí, también su dolor, desde el nacimiento a la muerte. De que todo confluye en la luz cenital de esta tarde, en la transparencia del aire y el silencio que todo lo envuelve. Y comprende que ha llegado el instante mágico de la total quietud, cuando el tiempo queda suspendido, y uno se funde con la naturaleza, sabiéndose testigo privilegiado de su belleza sobrecogedora.



Marta

La insatisfacción que siente desde que tiene uso de azón, la ha llevado a inventarse otro modo de vida, otra forma de ver y enjuiciar las cosas que solo a ella le pertenece. No le gusta la realidad y ha decidido crearse otra, exclusiva y personal, que los demás tienen que aceptar. Muy pronto supo que no soportaba la vida diaria, levantarse, desayunar, ir al colegio, hacer los deberes, y notaba el contraste entre lo que ella sentía y lo que sentían los demás, entre la facilidad y la ligereza con que vivían las amigas y el esfuerzo infinito que a ella le suponía. Se sabía distinta. Vivía en un estado de vacío insuperable y el vacío personal daba lugar a un conflicto permanente consigo misma y con los otros. De esa forma, acabó por adoptar, casi sin saberlo, una actitud de rechazo frontal a todo y a todos, y un egocentrismo expansivo y sin límites, que nunca se sacia y que la va ganando por dentro. Llega un momento en que la decisión es irrevocable, el camino emprendido irreversible, pero la frustración no cesa y busca mecanismos que la compensen, que la ayuden a soportar el paso del tiempo, que amortigüen la sensación de inquietud y de rabia.

De niña se negaba a comer, luego comenzó a arrancarse el pelo, las cejas, las pestañas, hasta lograr una transformación de su físico que reflejara el iti-

nerario de su alma. Así disminuía la tensión, ese desasosiego constante que le resulta insoportable. Recuerda cuando le decía a su madre, "cállate, no quiero oír tu voz, no lo soporto. Quiero morirme, quiero que te mueras, voy a matarme". Tenía seis años, y así comenzó todo. Otras veces decía, "quiero que me abandonéis". Más tarde pensó que la clave de su bienestar estaba en mantenerse delgada y el esfuerzo enorme para conseguirlo sería la medida exacta de que controlaba su vida, de que había un pivote firme de referencia. Pero no era posible, no soportaba el hambre y acabó por entregarse a un mecanismo ciego de atracones y vómitos que llegó a pensar la volvería loca. Todas las horas del día giraban en torno a una idea obsesiva: comer y vomitar.

Llegó a la conclusión de que la culpa de sus problemas la tenían los demás, su incomprensión, su falta de sensibilidad ante la peculiaridad de sus necesidades. Soñaba con vivir sola, no tener que soportar a los padres, a los hermanos, a los profesores y compañeros del colegio. Estar sola, qué descanso. Decide marcharse fuera para empezar la Universidad. Los padres están de acuerdo y siente la felicidad de ser libre, fuera de la tutela de la familia, dueña de su horario y de lo que hace, libre de decidir lo que quiere.

Se siente bien, conoce gente nueva, se incorpora a la vida nocturna de la ciudad, encuentra amigos. Todo se ha calmado. Pero la calma ha resultado ser una ilusión, un breve paréntesis que precede a la tormenta. Está decepcionada, el mundo que se ha construido con tanto esfuerzo, la visión única e intransferible de la realidad, la deja vacía. Necesita que otros la compartan, descubre sorprendida que la realidad la inventa ella, pero otros tienen que alimentarla. Ella exige una entrega total y absoluta, una supeditación sin lími-

tes a sus necesidades. Pero los amigos dicen no. Poco a poco la rehúyen, no contestan a sus llamadas, no cuentan con ella para sus planes, pues hagan lo que hagan, serán sus problemas personales los que prevalezcan y el diálogo terminará en un monólogo absorbente que cada vez les resulta más extraño. Para ellos, sus palabras son un lamento interminable, para ella el rumor del aire que respira. Se repite una y otra vez: "estoy sola en el mundo, nadie me va a ayudar nunca, nadie me va a querer nunca. Estoy sola en el mundo".

Se siente deprimida, no está dispuesta a seguir esforzándose, y piensa que ya es hora de darse a sí misma una compensación. No se presentará a los exámenes, se dedicará a ponerse bien, y después, más adelante, retomará los estudios. Pero la decisión tampoco le alivia. Continúa insatisfecha e irritable, se siente humillada, nada ni nadie aminora el vació, la cólera ardiente, esa oscura impaciencia que la invade. Necesita hacer algo que la castigue y que al mismo tiempo la compense. Ya lo ha decidido, va a castigarse a sí misma, pero también va a castigar a los otros, a los que se resisten a entenderla. Se encuentra sola en casa, todos han salido, todos tienen planes menos ella. Se desnuda. Siente el frío de las baldosas en los pies descalzos. Es el mismo frío que le invade por dentro. Se dirige al cuarto de baño, coge la cuchilla y se corta la piel de las piernas, lentamente, con meticulosidad, siguiendo las líneas imaginarias de una geometría perfecta que su cabeza le dicta. Se contempla sorprendida, no duele tanto y la tensión ha descendido; tiene una sensación de relax momentáneo y, por ahora, cree que no va a ir más allá. Siente la excitación de pensar hasta dónde es capaz de llegar. Puede cortarse también los brazos, las venas visibles por las que corre la sangre y la vida. Ella es la dueña, puede hacer lo que quiera, pero también siente miedo, miedo a hacerlo y

arrepentirse, miedo a querer dar marcha atrás y no poder. También piensa en su madre, la quiere. De todos sus sentimientos es el menos conflictivo, el que menos ha cambiado, el más duradero. El único lazo que a lo largo del tiempo no se ha roto.

Vuelve a la habitación y se mete en la cama. No quiere ver a nadie. Quiere entregarse a sus emociones y pensamientos. Ve su alma como un paisaje de tierras cambiantes. Negras pizarras, pardos esquistos, enrojecidas tierras ferruginosas, verdes micacitas, se alternan y dan color a lo que siente. Otras veces solo percibe una extensión baldía de blancos y de grises, donde la niebla flota y se desplaza inundándola de angustia. Se obstina en ver su vida como un amor hundido, irreparable. Una y otra vez la tristeza, la ira y la culpa, se suceden en su ánimo con un ritmo inmutable. A veces, un pálpito interior, una ráfaga de luz, le dice que la felicidad es posible, pero enseguida la esperanza se desvanece. Habla, necesita hablar, que alguien la escuche y la entienda. Habla para sentir que existe, porque si no hablara, su lengua se secaría y su corazón dejaría de existir. Pero las palabras se quedan suspendidas en el aire, vuelan a la búsqueda de un destinatario y no hallan interlocutor. Nadie acude a compartir el país donde ella habita. Nadie percibe que sus heridas sangran. Se da cuenta de que sus emociones son solo suyas, que nadie comparte su forma de ver y entender la realidad, su mundo personal.

La embarga el vértigo del tiempo, las esperanzas rotas, las promesas incumplidas, su sed que nunca se sacia. Y de nuevo, la isla donde habita, una balsa en el mar a merced del viento y de las olas. Alguna vez surge la visión de playas solitarias de dolorosa belleza, donde añora llegar, porque tal vez

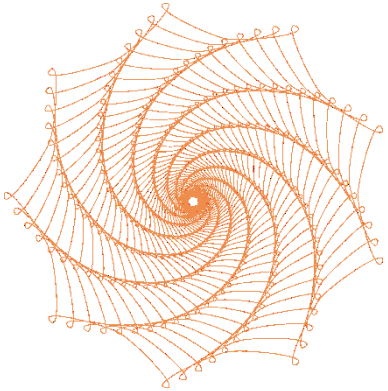
allí alguien espera, pero es una visión fugaz. Ve rostros en las sombras que la visitan cada noche, antes de dormir. Descifra sus rasgos, adivina los mensajes que traen. No son buenos. Ninguno es portador del descanso. Sus noches persiguen una única noche que no llega. A lo largo de las últimas semanas ha tenido la impresión de que si no cambia, un agujero se le va a abrir paso por el pecho hasta dentro del alma. Un agujero que perfora lo que encuentra en su camino y agranda el vacío, el pozo sin fondo de su desdicha. Por primera vez opina que tal vez es preciso parar, darse una tregua, descansar de este combate inútil, despojarse de todo, sentirse desnuda de deseos. Dejar atrás las cenizas y los monstruos, prescindir de la memoria, olvidar el deseo de recordar. Lo estudió en el colegio: todo son ruinas / todo son despojos.

Esta mañana, sin saber por qué ha decidido volver a casa. Desde hace tres años, desde que se marchó, volver a la casa de los padres, a su casa, le producía un profundo desasosiego, el temor a reencontrase con un mundo al que culpa de su infelicidad. Se ha levantado temprano y ha contemplado en el espejo el rostro que le produce tantas insatisfacciones. Se ha desnudado y con mirada crítica ha recorrido las piernas, los muslos, el vientre, el pecho. Qué falta de atractivo. Lo intenta una y otra vez, se castiga porque no lo consigue, pero todo da igual, no obtiene resultados. La insatisfacción y el vacío permanecen sin cambios, se adueñan del centro de su ser y nunca la abandonan.

Ha decidido volver a casa cuando es invierno, la estación que más le gusta. Los días cortos, sin luz, de tonalidades blancas y grises, son los que prefiere. No comparte el gusto de las amigas por el verano y le espanta la llegada de la primavera, cuando hay que guardar la ropa de invierno en el armario, y ya

no es posible ocultar el cuerpo con abrigos. Ordena las cosas de la habitación y se tumba en la cama para hacer tiempo. No quiere partir antes del mediodía, desea llegar protegida por la oscuridad de la noche. Por fin mete los regalos en una bolsa, cierra la puerta, baja las escaleras y coge el coche. Conduce despacio, le atrae la belleza de la muerte y siente miedo de querer matarse. Al menos cuando muera habrá cesado el miedo de pensar que siempre estará sola. Nota la indiferencia de los otros conductores, la exacta medida de su insignificancia, nadie se fija en ella. No entiende cómo los demás pueden ser ciegos al volcán que la consume por dentro. Ya faltan pocos kilómetros para llegar, para el coche al lado de la carretera y se baja. Desde el montículo de las afueras la ciudad nevada se eleva como un barco en la llanura. La luz del ocaso se despliega en un arco iris de verdes, rojos, azules y violetas. Las torres de iglesias y palacios se incendian de reflejos y colores, y sus piedras se impregnan de luz, absortas en la belleza del atardecer. Los pájaros cruzan el caserío de Norte a Sur a la búsqueda de refugio ante la helada que se avecina, cortan la transparencia del aire con la geometría de sus vuelos, en un perfecto y único movimiento. La luna, redonda y roja, surge por detrás de la sierra, señora de la noche. Se sorprende a sí misma contemplando el paisaje como si nunca se hubiera ido, con la proximidad de quien nunca lo ha abandonado. Y, por una vez, decide entregarse al consuelo que siente. Ella también forma parte de ese escenario, ella también es alguien. Contempla los últimos rayos de luz y decide darse un respiro, abandonarse a ese instante mágico y apaciguador. Se pregunta si está destrozada por la vida o por los sueños, ese extraño paraíso de ilusiones en que se ha convertido su existencia. El ensueño y la nada son los únicos dueños de la infelicidad y, tal vez, para estar vivo no hacen fal-

ta gestos heroicos, grandes discursos y pronunciamientos, solo se necesita la levedad de un gesto, algo pequeño y humilde que se acepta y acoge.



La mañana

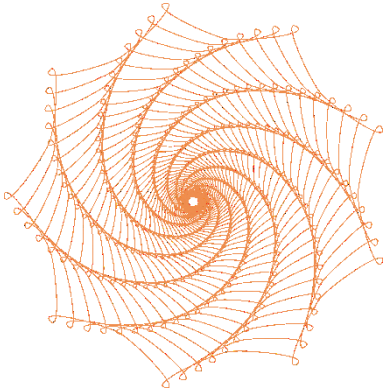
Camino del hospital el ciprés se levanta al lado de la torre de la iglesia, y dialoga con el chopo que se eleva por encima de él, en una imagen inusual en el centro de Madrid. El jardín, que milagrosamente se ha salvado, es una isla de verdor, pequeña y recatada, que preserva la mirada de coches y murallas de edificios. A lo lejos, por encima de tejados y chimeneas, en esta hora del amanecer, se levanta la aurora de tonos rosados, mientras la vida permanece amortiguada en el refugio de las últimas horas del descanso nocturno, cuando el furor de la prisa aún no ha comenzado.

La madre que acude esta mañana a la consulta con el hijo de trece años desea saber el motivo exacto de lo que le sucede. Por qué se niega a salir de casa, por qué no puede respirar y las manos le sudan, por qué el corazón se le desboca. El hijo ha vuelto a ver al padre después de un año de separación y ausencia, y ha contemplado, como testigo mudo, la separación tumultuosa de la madre de su nuevo compañero. Ha visto con sus propios ojos que el mundo que le rodea es tornadizo, los afectos inseguros, los lazos inestables. La madre desea una causa concreta y una solución rápida, y el chico la mira consternado, ante esa necesidad urgente de etiquetar lo que le pasa, de reducir y resumir en una frase sencilla la explicación de todo su miedo, de todas

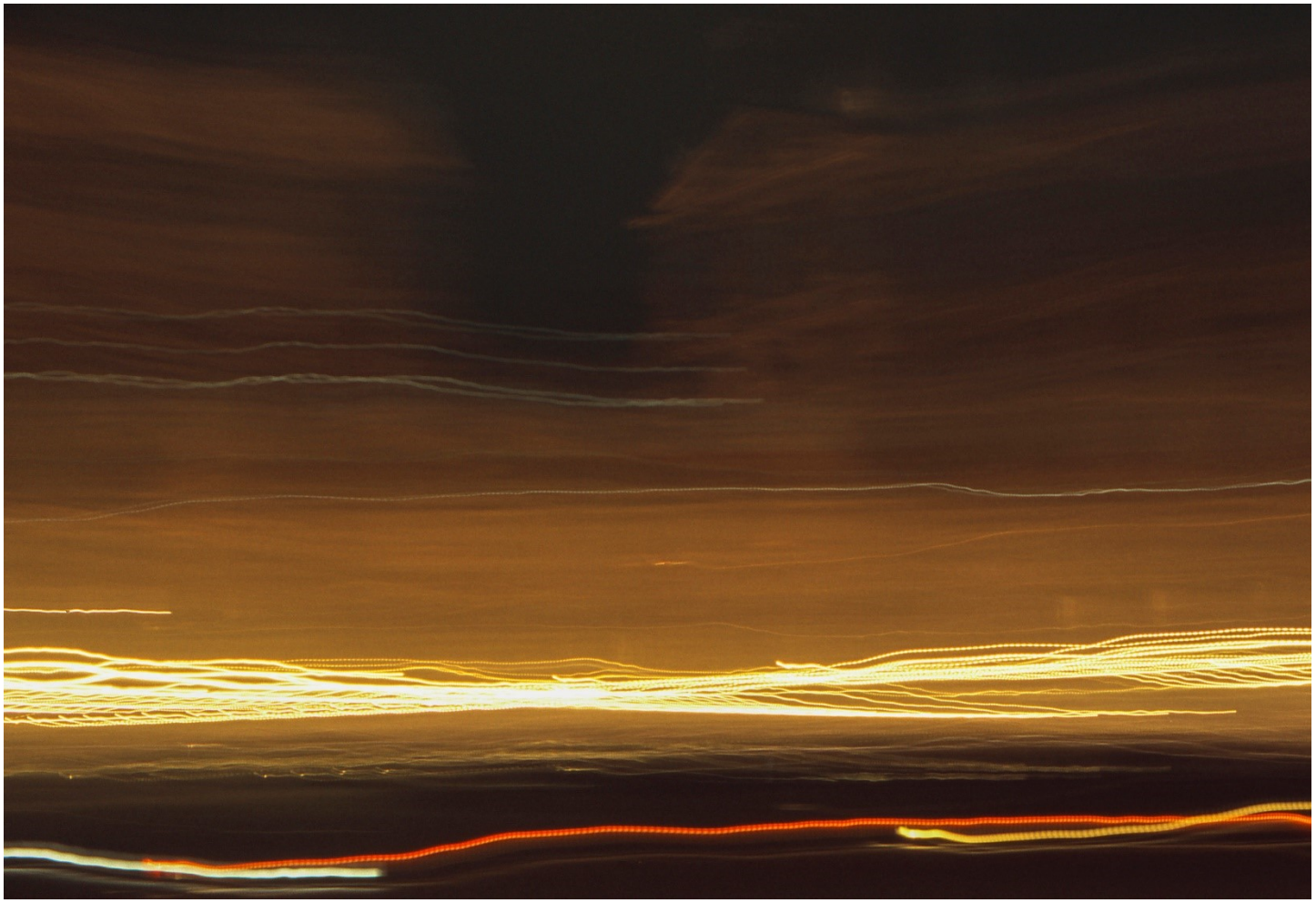
sus dudas. El muchacho levanta los ojos, mira de frente a la madre y le dice, mamá, es la primera consulta, en un gesto de sensatez que la madre no tiene. Pero la mujer reflexiona, se queda en silencio y acaba por aceptar que algunas respuestas requieren de un poco más de tiempo.

El muchacho siente nostalgia de los tiempos felices, cuando los padres vivían juntos, porque él los quiere a los dos. Es ahora cuando empieza a aceptar que ya no hay camino de retorno, vuelta atrás. Y esta certidumbre le resulta insoportable. A lo largo de un año ha cultivado, en secreto, la esperanza de que todo cambiaría. Soñaba, que como en los cuentos que leía de pequeño, vendría Aladino con la lámpara maravillosa, y los rostros de su padre y de su madre se transformarían y recuperarían el amor y la felicidad con que él los recordaba. Pero no, ahora sabe que eso ya no volverá a suceder, y ese es el peso que lo hunde y que no le deja respirar y le da dolor en el corazón. Mira al médico y le pide una respuesta, algo que aminore su angustia, y escucha su voz que le explica, suavemente, cómo la nostalgia del pasado también puede llevar a contemplar el futuro, a descifrar sus claves, y la imagen ideal del tiempo transcurrido no tiene que traducirse necesariamente en el deseo de volver atrás, sino en un potente impulso para transformar y hacer suyo lo que ahora tiene.

Tiempos cortos



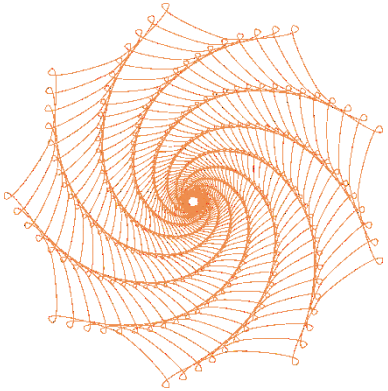
El dolor de vivir



El dolor de vivir, de tener que enfrentarse con lo inesperado, empuja al paciente a buscar una explicación razonable que disminuya la angustia y el llanto. Es el dolor de la pérdida de aquello que se tuvo y se consideró irremplazable, de una parte de sí mismo sin la que creyó que sería incapaz de vivir. Lo siente como un anticipo de la muerte, como un cambio de naturaleza. Y ese dolor lo lleva a construir parajes mentales imaginarios, estancias interiores donde se colocan los datos, los acontecimientos, el significado emocional y moral que tienen, el análisis racional, en un intento de ubicar para explicar, de ordenar para penetrar ese sentido último que calme la necesidad imperiosa de dar coherencia a la vida, de encontrarla un sentido. Es la necesidad de escapar del absurdo lo que le mueve, de huir de una selva peligrosa e intransitable que, hasta entonces, no sabía que existía. Y se entrega a la búsqueda de senderos que lo conduzcan hasta un claro de civilización y cordura, a un espacio de racionalidad y misericordia. Y en esa búsqueda, transcurren las horas, los días, los meses y los años, hasta que comprende que esa explicación razonable y razonada, no basta para su caso, no se ajusta a lo que a él le sucede y le atormenta y que la única respuesta es que no hay respuesta.

La falta de sentido del dolor innecesario hace pensar al paciente que se trata de una forma de locura. Esa idea lo conforta. Pero no es locura, sino el transcurrir natural de la vida. Y en ese camino, un día, sin esperarlo, surge al encuentro un momento de consuelo y comprende que aquello que le hiere también le ilumina. Son instantes de luz, siempre fugaces, que solo llegan de tarde en tarde, como una ráfaga de viento en medio del bochorno de la tormenta. Apresarlos, ese es el don, antes de que se desvanezcan. Capturarlos, y convertirlos en parte de uno mismo. Tener hambre y sed de esos momentos a veces escondidos en la levedad de un gesto, como la mirada de la abuela que acude a la consulta con el nieto y la hija retrasados y, sin mediar palabra, mira al médico, y sabe que el médico lo ha comprendido todo y que un lazo misterioso se ha instaurado entre ambos para siempre.

Tiempos cortos



Los padres

El proceso de búsqueda de lo que le pasa al paciente no sigue siempre un orden lógico, no se dirige de forma directa a la causa que desencadenó los efectos. No se detiene en las apariencias visibles, sino que escruta los significados que esas apariencias encierran. La búsqueda se desliza sobre el filo ambiguo que separa lo que se muestra de la verdadera realidad. En lugar de quedarse en lo que se ve, se adentra más allá, e intenta descifrar lo que se oculta, no porque el paciente desee ocultarlo, sino porque se siente incapaz de identificar y transformar en palabras lo que tanto le perturba.

El secreto se convierte así, con el paso del tiempo, en un peso que se arrastra, en un yugo que ata y para el que no se encuentra alivio. Pero no seguir un orden lógico no significa ausencia de lógica, sino seguir un recorrido distinto que conduzca a un final liberador.

Ambos padres llegan muy pronto a la consulta, hace un día de invierno frío y húmedo, y una luz grisácea, con ráfagas de niebla, da a las casas y a los árboles un aspecto fantasmagórico. Se sientan uno al lado del otro dejando una distancia, marcando una frontera. No se miran, no se rozan. Permanecen

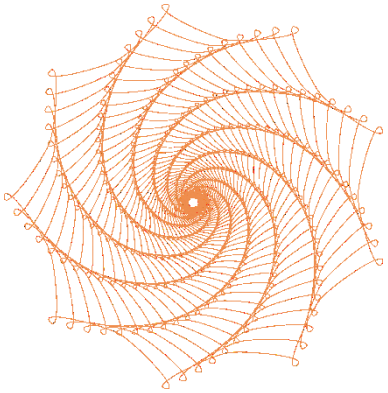
derechos, erguidos, tensos los músculos del rostro, ansiosos porque llegue este momento y, tal vez, esperanzados. El deterioro de la relación que comenzó a manifestarse hace unos años sigue su curso, unas veces como una agonía difusa y otras como una ruina imparable que amenaza con arrasarlo todo. Se saben habitantes de la cárcel que ellos mismos han construido, tapiando balcones y ventanas, puertas y respiraderos, para que quede obvio que no hay esperanza. Los días siguen su curso inalterable, el silencio que cultivan de día se prolonga en la noche, o se alterna con momentos de cólera, gritos que intentan herir o conmover al otro pero que no lo logran. Flechas que se lanzan y chocan con la misma coraza. Después todo vuelve a ser lo mismo, la vigilancia obsesiva del uno al otro, el temor a ser herido, la imposibilidad de separarse. La suya es una lucha ciega y sorda, ajena a todo raciocinio, que no obstante las sentencias de los jueces avalan, como si la locura individual hubiera contagiado a las leyes y a los jueces que las aplican.

Convertidos en Sísifo, cada uno se apresura a cargar con la roca de su descontento, para elevarla hasta lo más alto y dejarla caer, y en la caída arrasar todo lo que creció a su paso. Lo peor es el peso que soporta Sísifo sobre su deseo, la obstinación de la roca en caer, cumpliendo un destino ciego. Han buscado intermediarios en los que no creen y a quienes, en el fondo, no necesitan, pues en realidad, no consideran posible ni probable ningún otro modo de vida. Pero consultar forma parte del decorado, el aspecto más agradable de la puesta en escena de su empecinamiento.

Cuentan su historia como si se tratara de una reconstrucción arqueológica. Describen los niveles que el tiempo ha ido depositando, de forma que cuando

creen haber llegado al último y más profundo, aparece debajo otro más antiguo, que según ellos, encierra la clave definitiva que explica el comienzo de todo. Lo mismo que un primer asentamiento humano da lugar con los siglos a otros sucesivos, y una civilización cede el paso a otra, que se desarrolla precisamente allí, en el lugar elegido por los primeros pobladores y no en otro, lo que ellos llaman el primer nivel de su relación ya transcurrió dónde y cómo no debía, en un error de lugar y de tiempo que tal vez había condicionado todo lo demás. Permanecen así inmersos en el infierno de su despropósito, atados a la locura que con tanta dedicación, la vida y ellos mismos han construido.

La niebla se ha disipado y un gorrión se posa en la rama de la higuera. Los padres siguen hablando y algunos recuerdos se resisten a ser evocados. El relato adquiere unos perfiles difusos, como si la realidad fuera reacia a ser resucitada, como si de algunos recuerdos se conservara la turbación, pero no el acontecimiento que la produjo. Turbación y recuerdo son ahora, en cualquier caso, el objeto de su descubrimiento.



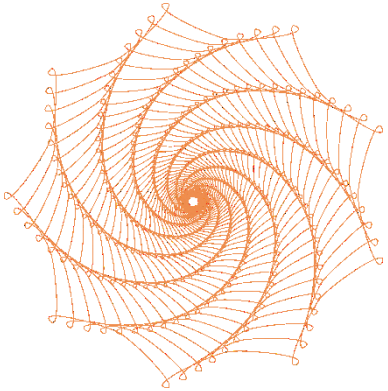
La anciana

La modesta y tranquila repetición de los gestos cotidianos protege a la anciana del caos de la vida, como si tuviera la certeza de que es en esos acontecimientos insignificantes donde la vida manifiesta su verdadera esencia. Cruza la calle con su aspecto pulcro y menudo, y transmite el misterio del sosiego y el silencio que solo a ella pertenecen. El sosiego de quien sabe que lo que hace tiene sentido. El misterio de quien está en posesión de un secreto, de un saber oculto, el que permite acortar la distancia que existe entre la realidad y el deseo. Antes de cruzar la calle mira a ambos lados, sujeta el bolso, se apoya en el bastón y camina lentamente, y todos sus gestos reproducen los gestos cotidianos de tantas mujeres, que una vez solas, muertos los suyos, siguen cuidando de los que cuidaron, en una continuidad natural e inmutable de la vida. Los gestos de las mujeres a lo largo de la historia, siempre dirigidos al otro, en un vaciamiento de sí mismas que es su modo personal de estar llenas. La plenitud del otro es su propia plenitud. La búsqueda sostenida de un bien posible y real, el empeño en una línea de esperanza, a veces leve, casi imperceptible, pero que nunca muere.

La persistencia en el logro del objetivo, la mansedumbre, es lo que ha dado al quehacer femenino de entrega a los demás, su verdadera esencia. Persistir

a pesar de los fracasos, seguir adelante, continuar la lucha, es lo que parecen decir tantas mujeres que acuden a la consulta con el hijo enfermo, con el marido ausente. No nos vencerán, porque si nos rendimos, todo habrá terminado.

La anciana recuerda al marido muerto, al hermano con demencia que ya no puede venir a casa, al hermano sano que no desea verla, y lo hace sin perder la paz, una paz que ella sustenta en los hechos cotidianos, en la luz de la mañana al abrir el balcón, en la pared de la casa de enfrente que siempre se desmorona, en los rostros de los vecinos, en las cosas de la casa. Y piensa, como Dios después de la creación, que todo está bien y que todo ha estado bien. Que la vida se ha cumplido y el futuro no es más que una prolongación de tantos dones, una forma de abandono, de espera reposada; una sucesión de días y de noches, que se cumple de forma inmutable, como se cumplen las leyes de la pleamar y la bajamar.



Chema

Madrid, a ____ de ____ de 199 ____

El comportamiento del pensamiento es
una raya normal.
Se escucha una música suave y
relajante.
Se escuchan los pájaros y los perros,
el ruido del agua y de la lluvia.
Se escuchan los niños y los árboles.

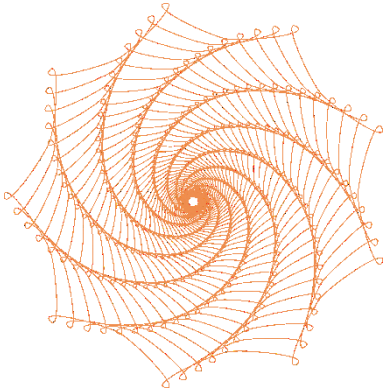
Chema

El médico que escucha la narración del paciente y la reinterpreta para darle sentido, está reinterpretando su propio mundo, está también narrando su propia realidad. Y se deja sorprender por la delicadeza de los sentimientos y la poesía de tantos relatos, como los poemas de Chema, que tiene un retraso mental y una esquizofrenia, y, cada vez que viene a la consulta, le dice a su médico que copie mientras él dicta y escribe en clave versos acerca de los ríos y las aguas, los senderos del pensamiento, la sombra y la claridad.

Cada vez que acude a la consulta emprende su tarea: dibujar líneas en un papel mientras recita en voz alta lo que son sus poemas, pues es su momento de inspiración. Después lo repasa, y comprueba que está todo, por un lado los dibujos, por el otro el texto escrito, y todo bien guardado, como su doctora le ha prometido. La inspiración solo acude entonces, como si entrar en el despacho fuera el momento mágico de la llamada, y la mano del médico que transcribe la realización sagrada de la obra de arte. Y entre ambos está él, Chema, el creador, seguro de sí mismo, sabiendo que solo es necesario alzar la voz para que los versos surjan y la mano sumisa y dócil los traslade al papel. Y después la carpeta se cierra y los versos quedan dentro, pues son ver-

sos secretos que no se destinan a nadie, que surgen del interior y se hacen voz, y la voz dibujo abstracto, y el dibujo palabra escrita. Y para eso solo hacen falta una mesa con dos sillas.

Tiempos cortos



Dante

Su padre le puso Dante pues, según él, toda la sabiduría del mundo se encerraba en tres libros que nadie debía dejar de leer: la Biblia, el Quijote y la Divina Comedia. Cuando fueron a adoptarlo a América el padre se imaginaba al hijo saliendo del infierno del abandono y, tras un breve purgatorio de adaptación, llegando al paraíso del amor paterno que ya para siempre lo protegería del dolor de vivir. Le gustaba comparar el recorrido de su hijo con el recorrido del poeta acompañado por Virgilio, hasta llegar ya sólo a las esferas celestes del paraíso donde lo espera Beatriz.

La educación de los dos primeros hijos había sido problemática y el matrimonio un fracaso, pero ahora era distinto, este hijo nacido del corazón y no de la biología, colmaría sus deseos de afecto y la necesidad de entrega. Precisamente fue el nombre uno de sus primeros motivos de desagrado: Dante; llamarse él Dante. En el colegio nadie se llamaba así. Desde el principio se supo distinto, con un sentimiento de extrañeza hacia todo. La solicitud de los padres lo agobiaba, el afán por educarlo e introducirlo en su mundo de valores le parecía una intromisión. Supo muy pronto que no los quería y un rencor sordo y una lucha feroz le fue creciendo por dentro. No los quería, le parecían ridículos, pero los necesitaba.

En el colegio nunca nadie le llamó indio, pero él sabía que todos lo pensaban. Se mantenía al acecho de cualquier gesto, de la menor indicación de desprecio por su aspecto. Pero nunca nadie decía nada. Y eso era lo peor. Si lo hubieran rechazado abiertamente, si lo hubieran insultado, él podría haberse defendido, podría haber atacado cargado de razón. Pero eso no llegaba. Los chicos le trataban como a uno más y las chicas se sentían atraídas por sus rasgos exóticos y el pelo negro oscurísimo, siempre brillante.

Los primeros años fueron más fáciles, después comprendió que la única forma de ser él mismo, era decir no. Empezó a elaborar por dentro su particular filosofía de la vida: todo es relativo. Decía que deseaba volver al hogar de donde salió, la tierra de volcanes y lagos perdida en los Andes, donde las mujeres de pelo larguísimo se bañan vestidas al atardecer, a la sombra del volcán. Donde los ponchos y las alfombras se siguen tejiendo en telares de la época de la Conquista, y los hámster corren en libertad por el interior de las casas y las mujeres los utilizan como cepillos para frotarse la piel. No, no es verdad, no quiere ir. Le espanta la posibilidad de reconocerse en uno de aquellos rostros y, a pesar de la dureza que con tanto ahínco ha cultivado, se siente culpable. Culpable de haber sido él el elegido y no ellos.

Le sorprende lo arbitrario que es el destino, la facilidad con que la vida es una cosa y no otra, y al mismo tiempo, el carácter inmutable de los acontecimientos, el cómo en realidad las cosas son de la única manera que pueden ser.

Poco a poco toda su energía, todo su tiempo, se ha centrado en el cultivo del rencor. En alimentar la gran aversión en que se ha convertido su vida con

la arrogancia del que no tiene nada que perder. Pero llegó el momento en que supo que no había modo de llenar el vacío de su indignación, transformado en un pozo sin fondo al que seguir alimentando resultaba inútil. Siente la imperiosa necesidad de asestar un último golpe, certero y desnudo, que someta la voluntad de los padres a su solo arbitrio. Un acto de justicia definitiva que dé sentido para siempre a su infinita aflicción. Se siente confuso acerca de todo lo que es esencial, en un estado desesperado de anhelo y perplejidad, poseído por fuerzas que lo empujan, no sabe hacia dónde. Sabe que ha comenzado a girar, fuera de control, dentro de la prisión cada vez más estrecha de su cólera e intuye que cuando se da rienda suelta al odio, ya no hay forma de detenerlo, y cuando la indignación alcanza un grado incontenible, se convierte en una forma de locura.

Cuando se despierta no está en su cama, en su habitación, está en un hospital, y una enfermera sonriente le ofrece el desayuno. No puede creerlo, no es capaz de recordar lo que ha pasado. Pregunta aterrado por los padres y el llanto acude como el mayor de los alivios, el alivio de saber que se encuentran bien y que va a verlos.

No desea moverse de la cama, no desea hablar, no quiere hacer nada. Solo quiere volver al principio, al comienzo de todo, a la edad en que era un niño y empezar de nuevo el recorrido que su padre había elegido para él, y esta vez sin equivocarse: infierno, purgatorio, paraíso.

La vuelta a casa

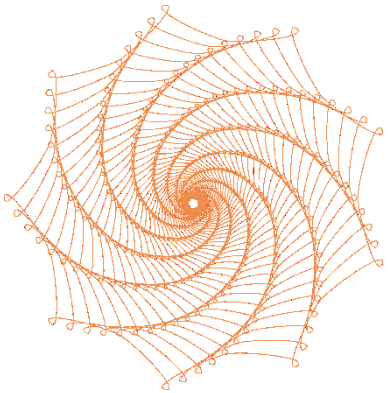
Cree que para él ha llegado el momento de volver a casa. Después de tantos años está convencido de que la vida es siempre un viaje que busca sin saberlo el retorno al origen pues, en el fondo, siempre es de nosotros de quien nos separamos cuando partimos. Quiso huir de la realidad cotidiana, salir a la búsqueda de algo extraordinario y distinto, de un futuro abierto y cargado de promesas pero, al final, y sin saber por qué, siente que ese mundo de posibilidades infinitas se encuentra de nuevo en la infancia, en la casa familiar donde la vida siempre estuvo por delante.

Hoy ha vuelto y sus ojos se reencuentran con los objetos familiares, el sillón del padre, la foto de la hermana, el collar de la madre, y olvida, aunque solo sea de momento, el desasosiego y la melancolía de tantos dioses personales perdidos por el camino.

Puede ser que esa sensación de paz no sea más que un engaño, un velo que descansa brevemente la mirada, pues el retorno ya no es posible. O tal vez no, y sea allí, en la vuelta al principio donde lo espere de nuevo la poesía del corazón. Volver sería así un modo de domesticar la vida que se escapa y que devora, una forma de detener su ritmo enloquecido hasta lograr un tiempo

humano que le permita recobrar la sucesión acompasada y duradera de las cosas. Y es ahora, en estos momentos, en esta sensación de intimidad solitaria que lo invade, cuando tiene la certeza de que ha vuelto a casa.

Decide salir. A lo lejos surge el paisaje que tanto ha amado, un paisaje que encierra siglos de historia convertidos en arte y naturaleza. Y él se deja llevar, quiere empaparse del aire y de la luz, del perfil de los campos que se extienden hasta el horizonte, del olor de la naturaleza, del silencio. Se sabe hijo de este lugar donde la tradición se prolonga en nuevos caminos y senderos, y desde aquí se siente impulsado a escuchar otras voces, otras realidades, que le hablan desde dentro. Impelido a descubrir, otra vez, nuevos mundos, y si es preciso, a sentirse extranjero, para emprender de nuevo el camino de retorno, el viaje interior que conduce al fondo del ser y que nunca termina.



Pablo

Desde muy pronto se sintió y se supo distinto y esa diferencia le producía tanto terror que procuraba no pensar en ella. Pero la diferencia seguía allí y pugnaba por manifestarse, y la lucha entre esconderse y salir fuera, le hacía sentirse agotado. Medía cada una de sus palabras y sus gestos para que en ninguna circunstancia, pudieran translucir lo que sentía. Ese control constante, esa máscara satisfecha, era esencial cuando estaba con los amigos. Qué espanto si lo notan, qué horror, qué humillación. Qué temor al rechazo y al desprecio.

Cuando sale le da miedo beber alcohol, correr el riesgo de desinhibirse, salirse de la muralla que lo protege, dejar entrever que sus gustos e inclinaciones son tan diferentes. La muralla aísla pero tranquiliza. La máscara lo convierte en otro, le impide ser él, pero es la mejor defensa de sus miedos. Siente la alegría espontánea y natural de la vida, pero no puede abandonarse libremente a ese sentimiento, no se lo permite su conflicto personal y el conflicto con los demás. Desea ser feliz, pero la felicidad que le ofrecen va en contra de su naturaleza. Y él es también naturaleza.

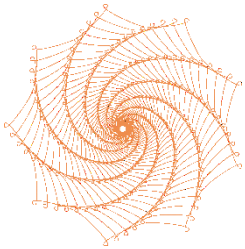
Ha cumplido catorce años y decide ponerse a prueba. Saldrá con una chica, una con quien sabe que puede hablar, él habitualmente tan silencioso; una

amiga inteligente y sensible, y tendrá la oportunidad de constatar cómo es la atracción de una mujer. Se siente nervioso, tiene miedo de que lo rechace, pero la chica le sonríe y dice sí. Emprende la tarea, hace lo que se supone que debe hacer. Van a pasear a las afueras de la ciudad, a la arboleda que rodea el núcleo urbano. Hace una tarde perfecta, el río refleja las nubes rosas del atardecer y la luz se concentra siguiendo su curso. Poco a poco, a ambos lados, las sombras de la noche delimitan el perfil de los árboles y los edificios. Se encuentran bien, pero algo falla, algo no sale de la manera esperada: por más que se esfuerza, no logra sentir nada. Decide dar el experimento por terminado, replegarse de nuevo hacia adentro, recluirse en el silencio y la espera.

Vuelve a casa y se encierra en su cuarto. Contempla el fluir del tiempo en el reloj de arena que le regaló su abuelo y tiene la sensación de encontrarse en un mundo irreal. El tiempo, el movimiento de las cosas, el ritmo de los acontecimientos, el sentido de la muerte y de la vida. Su hermano toca la flauta en el cuarto de al lado, un sonido etéreo, espectral, tembloroso, como su alma. Le gustaría poseer el don oculto que transforma las palabras en silencios y los silencios en palabras, un lenguaje sutil y preciso que le permitiera expresar y entender el dolor que siente su espíritu. Pero el lenguaje no llega y se siente vacío. Busca entonces las palabras de otros, “esta angustia de cielo, mundo, hora, este llanto de sangre”, “goza el fresco paisaje de mi herida / quiebra juncos y arroyos delicados”. La intensidad del amor que él aún no conoce, inseparable del llanto. La necesidad de compartir las emociones, el azar, los sueños. Pero está solo.

Lo peor de todo es la soledad, no poder hablar libremente con nadie, con absoluta tranquilidad, sin ningún tipo de censura. La soledad lo está convirtiendo en una persona diferente, más distante de los otros, más escéptica, y una corriente interior, desconocida, soterrada, le alimenta un sentimiento de reproche y de rechazo hacia todo y hacia todos. Ya no puede soportarlo más, ha pedido a los padres hablar con un médico, les ha dado a entender lo que le preocupa, y le han dicho que sí. Ese sí ha sido como una descarga liberadora, como un primer hito en el recorrido del laberinto, un hilo de Ariadna que le tranquiliza. Desea emprender el viaje hacia sí mismo, pero necesita la lira de Orfeo que lo guíe por los mares procelosos y le libre de los cantos de las sirenas, que lo lleve hasta la línea del horizonte donde el amor duerme. Invoca a Orfeo, e invoca a Ulises, el gran viajero.

Quiere llevar adelante este viaje sin miedo, está dispuesto a inventar el amor del mundo. Solo quiere la verdad, dejar atrás esta angustia de no poder sentir y ser tal como él siente y es. Ahora sabe que no hay alternativa, o es él, o no es nadie. Ya no quiere máscaras que oculten, ni murallas que aíslen. Solo quiere ser él, a plena luz.



Elena

El problema que tengo es un problema interior, conmigo misma. Nace en mí y en mí termina. Tengo una visión pesimista de lo que soy y de la vida. Me veo horrible, no soy nadie. Ante la gente me siento intimidada, fuera de lugar, y siento pánico delante de aquellos que no conozco. Entonces me repliego, me retiro y rumio mis pensamientos, todos negros, soy inútil, soy inútil, no valgo para nada. Siempre estoy limitada y atada por la vergüenza, así, cohibida por mí misma me corto las alas. Veo donde estoy, sé que no llego, pero me asusto y no cambio, no soy capaz de dar el salto. No disfruto con nada, pues todo pasa por el filtro feroz de mi crítica, sobre todo yo, lo que soy, lo que no he sido, lo que nunca llegaré a ser. Solo una idea permanece inalterable, no soy nada y no seré nada.

Antes de hacer algo dedico horas, días, a pensar que no sabré hacerlo, que será un fracaso, y el tiempo pasa y yo permanezco inmovilizada por la idea de mi inutilidad. Como no hago, siempre estoy insatisfecha. No puedo dejar de estar atenta al terror de la vida, esa dimensión de la existencia de la que me siento prisionera. Me asusta este mundo que te obliga a competir, o eres el mejor o no eres nada, y se trate de lo que se trate, siempre creo que no sé lo suficiente, nunca me siento preparada. Pero además soy incapaz de pedir, me

aterroriza que me digan no, ese no, sería la negación absoluta de mí misma, la confirmación exterior de lo que yo ya sé por dentro.

Me angustia el paso del tiempo, dejar que pase la vida, pero soy incapaz de moverme, de tener iniciativa. Estoy insatisfecha con el tiempo transcurrido, debería haber hecho algo más, pero me siento cobarde. Odio los miedos que he tenido, no he hecho más que esconderme, pero aún no he encontrado la forma de liberarme. A veces me inundan ráfagas de dolor, corrientes que me empujan hacia un mundo de oscuridad y de sombras. Otras veces distingo una pequeña luz que luego se apaga. Rara vez me siento bien y cuando lo estoy, me produce una inmensa sorpresa y sé que pronto pasará.

He estado paralizada por un sentimiento que no me dejaba hacer nada, prisionera en un mundo aparte, alejada del exterior. Ahora comienzo a sentirme una persona diferente y me pregunto quién soy. No he tenido tiempo de saber quién soy, todo lo que sabía de mí era producto del problema que me atenazaba, y mi verdadero yo no ha tenido la oportunidad de manifestarse. Últimamente me siento un poco mejor y quisiera emprender el camino de buscarme para encontrarme, y siento miedo, miedo al cambio, pero sin cambio no hay vida. Quisiera adentrarme en un proceso de reflexión y conocimiento de mí misma que me permita analizar mi carácter, descubrir los aspectos negativos que me atenazan, saber lo que debo cambiar.

Aún tengo momentos pesimistas, negativos, pero ya no me desestabilizan. Incluso los necesito, son parte de mí misma, son lo que yo he sido, y vivirlos es seguir siendo. Me han llenado durante tantos años que abandonarlos es también abandonarme, perderme. Han sido mi modo personal de sentir y

tengo la impresión de que dejarlos del todo de lado me haría superficial. También cultivo la melancolía, me va. Van y vienen las oscilaciones del humor, las conozco, nos conocemos, dialogamos. Hasta que la tristeza, la visión negra, me invade, entonces deseo salir, quiero que pase. Me pregunto qué relación hay entre los sentimientos que yo tengo y las realidades que me rodean, la mayoría de las veces ninguna. Cualquier cosa, la menor contrariedad, me hunde, entonces comienzan las ideas pesimistas, los sentimientos de desolación e inutilidad, la incapacidad para comunicarme. Todo lo veo desde esa perspectiva errada y haga lo que haga, me equivoco.

Ahora que comienzo a acercarme a la gente no soy capaz de hablar con naturalidad, cuando hablo, lo hago presa del pánico. Las palabras no fluyen como algo natural que uno aprendió de niño, las palabras, ellas también, son prisioneras del miedo. Pero no se puede renunciar a las palabras, sin ellas no somos nada. Tengo que hablar para ser alguien, para no ser un papel en blanco a merced de otros. De esa forma me siento totalmente sola, pues nadie me conoce. Si no hablo, si no digo, no me afirmo y no soy nada. Las palabras engañan, sí, pero no disponemos de un medio mejor para conocer y conocernos. Son una limitación, pero también el cauce por donde discurrimos, ellas pueden hacer que haya sentido a pesar del enigma. Solo dispongo de las palabras para saber quién soy y quién quiero ser.

Lo que un día fue para mí certeza, hoy es nostalgia, pero yo aspiro a ver por vez primera el mundo, a desnudarme del todo y abrir los ojos a la realidad como los abre un recién nacido. He pasado el tiempo mirando hacia atrás, vuelta al pasado, convencida de que allí estaba mi refugio, entregada a

ensoñaciones y momentos idealizados que tal vez nunca existieron. Hoy quiero vivir los instantes concretos, la inmediatez de la vida. Quiero entregarme aquí y ahora, olvidarme del pasado, del que ya nada puedo esperar, y no pensar en el futuro. Quiero apresar este instante para que me alimente el resto de la vida. Deseo demorarme... en la superficie del lago se reflejan las nubes; es el alba, la niebla avanza y envuelve las figuras; el cielo azul acoge el crepúsculo de invierno.

Quiero ser artista. Aspiro a desentrañar el misterio de la luz sobre la naturaleza y sobre la soledad del hombre. El misterio de la luz que percibo tan cerca de mí y al que deseo abandonarme.

Elena

Se ha enamorado, lo ama inmensamente, pues desde el principio supo que él también la amaba. Después de tantos años de silencio y oscuridad, de permanecer encerrada, prisionera de tanto miedo, angustia y dolor, él aparece y ella sabe que lo ama. Ha cumplido veinte años y el dolor comenzó cuando era niña. Dolor, vergüenza, culpa. Le duele la vida, se avergüenza de cómo es, y siente la culpa de no haber sido ella quien muriera, de que fuera la hermana la elegida. Y ella qué puede hacer, cómo reparar esta

herida irreparable. Se mete hacia dentro, se entrega a la repetición absorbente de pensamientos que la acosan. Tal vez pensándolos, una y otra vez, todo el tiempo del mundo, acabe recuperando un tiempo personal que perdió hace tantos años. La imagen que tiene de sí misma es un desierto desolado. Solo llanto, solo llanto.

La primera vez que vino a la consulta estaba paralizada por la vergüenza, siente pánico a hablar de sí misma, por sí misma, a decir lo que siente, lo que la humilla, a ocupar un lugar en el mundo. Ella no tiene lugar. Se siente y se sabe de sobra. La vida no es un camino que se abre ante sus ojos e invita a ser recorrido. No, la vida es un pozo oscuro, y el camino conduce hacia dentro, más abajo, más abajo. A veces la caída es vertiginosa, la cabeza le da vueltas, la velocidad la arrastra hacia el fondo, hacia el fondo. Otras veces el descenso es en línea recta, en vertical, con una velocidad uniforme, imparable, no hay remedio, no hay remedio. Una vez la angustia fue tan acerada que decidió salir de sí misma para luego retornar en un estado de paz y silencio. Se toma las pastillas con un esfuerzo supremo, llega el sueño. Pero no es tan sencillo, dormir, cruzar la puerta, descansar. No ha cruzado la puerta, ha vuelto al lugar de siempre, al pozo oscuro, y siente más miedo, otro pánico añadido. Seguir allí es volver una y otra vez al principio del final.

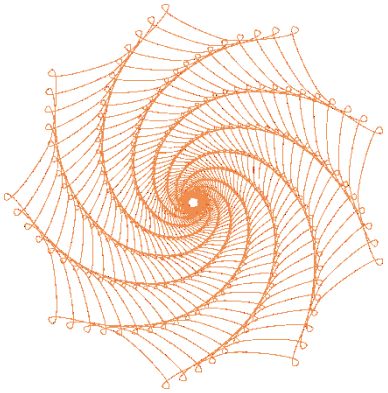
Se pregunta si es posible escapar de la fuerza que la empuja, del impulso que la hunde, emprender otra ruta, otra trayectoria aunque sea incierta. Darse a sí misma un mínimo de confianza. Algunas noches contempla una estrella enfrente de su ventana, es Venus, y su brillo le hace sentir esperanza. Pero de nuevo retorna al pozo oscuro, y ese momento de luz es un consuelo fugaz.

Un día vio una bandada de zorzales que cruzaba hacia el Sur y quiso ser uno de ellos. Pero ella no es un pájaro, ella es una niña, y las niñas no vuelan, no pueden surcar el cielo, solo pueden recorrer la tierra.

La primera vez que lo vio, sintió algo que nunca antes había sentido, supo que estaba viva. El contacto con él solo revelaba misterio, y ese misterio la fascinaba. La luz estalla, un pálpito de felicidad la golpea por dentro, se siente reconocida. Crece el deseo, siente sed de tener sed. Quiere que su mirada vea cómo mira la suya, que sus manos sientan, cuando la tocan, cómo se curan sus heridas más invisibles. Sus ojos le piden, llévame contigo a la cumbre más alta y que tus besos me arrullen dulcemente en silencio. Quiere que en sus pupilas quede grabado, eternamente, el rostro de quien más lo ama, pues en ese rostro solo aparece el fulgor del éxtasis. Ha pasado de la agonía a la plenitud, de la noche a la claridad y el peso de la vida es más ligero. Cada vez que se separan retiene en los ojos el resplandor de su última mirada, llega a casa, corre a encerrarse en su habitación, apaga la luz, se acurruca, balancea suavemente el cuerpo, se concentra, se acuna para que nada le robe ni un átomo de la sustancia suya que lleva por dentro. Toca la mano que él tocó, acaricia los párpados de los ojos que a él lo miraron. Pasa así el tiempo soñándose, soñándolo. Se abandona a la dulzura que la invade como la gaviota a la corriente de viento. Sueña como se sueña la primera vez, y siente que en el fondo de su alma arde una hoguera.

De la calle entra una música que asciende por los muros, se detiene, cruza la ventana, llega hasta sus oídos. Y se dice, escucha, todo es posible, sí, todo es posible, lo que importa es estar vivo aunque solo sea un instante: oír el so-

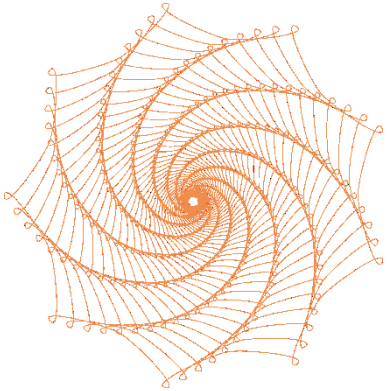
nido del violonchelo que llega sin esperarlo, contemplar la gota de rocío suspendida en la brizna de hierba, sentir el soplo de la brisa que ya habías olvidado. Y todo a cambio de nada, un regalo de la vida que hay que coger al vuelo.



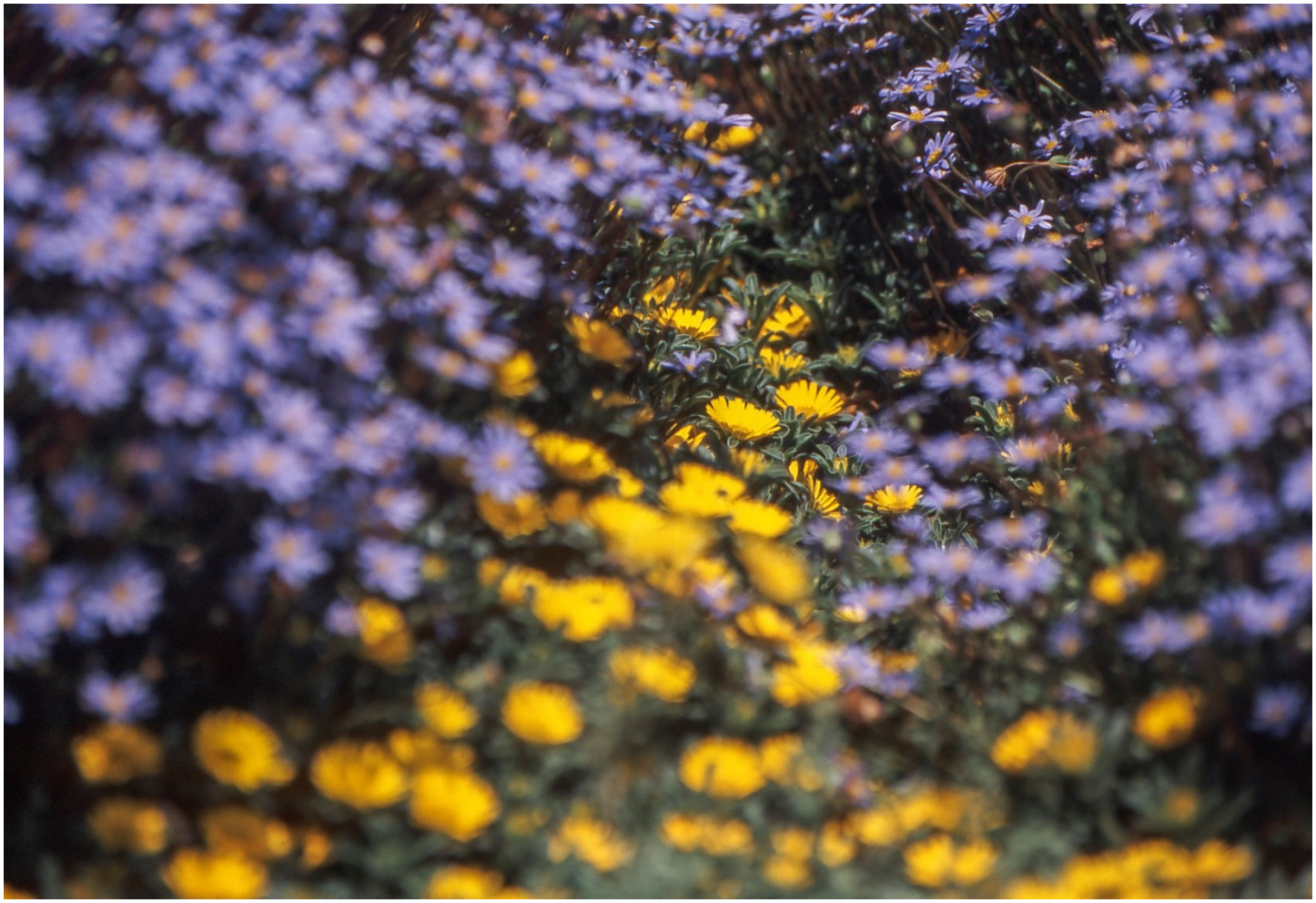
La vida verdadera

La abuela ha llegado esta mañana la primera a la consulta, pues la hija trabaja, y es ella quien acompaña al nieto. Conoce a la gente del hospital, hace años que acude regularmente, y saluda a unos y a otros como se saluda a los vecinos. Es inteligente y agradable, le gusta hablar, opinar de lo que pasa, comprender la vida, ella que ha sido analfabeta hasta hace poco, cuando el Ayuntamiento organizó los cursos en el barrio y pudo aprender a leer y escribir. Pero ella piensa, se fija y piensa, y opina, y le gusta hablar con el médico y ver qué dice y comprobar si sus opiniones coinciden. Entonces exclama feliz, ¡doctora, se siente una tan inteligente hablando con usted! Hoy viene impresionada por las decisiones que toma la gente en la edad madura, cuando la vida en su opinión debería ya estar asentada. Esas decisiones que llevan al abandono de la mujer o del marido, a la separación y distancia de los hijos, o ni siquiera eso, solo a un cambio de rumbo cuando uno ha cumplido los cincuenta o los sesenta, un cambio de dirección que se considera imprescindible, porque la vida anterior se ve como un fraude. Un fraude que no permitió realizarse, ni vivir la juventud como ahora uno piensa que debió vivirse, ni sacar a la vida todo el jugo que ofrecía. Y por eso ahora es preciso cambiar, resarcirse, vengarse.

Y la abuela, que sufrió y perdió la guerra, contempla el panorama con ojos incrédulos, con cierta socarronería, ¿usted se lo cree doctora, usted se lo cree? Yo no me lo creo, en realidad deciden inventarse una vida falsa porque no han sabido llevar una vida verdadera. La nueva vida exige según ellos la negación de la anterior, el rechazo de todo lo que les liga al pasado, pero es engañarse, en el fondo no es más que un intento desesperado de huir del dolor, con la ingenuidad infantil de creer que eso es posible. Y como no lo es, las invenciones, las escenas, los enfrentamientos, las falsas creencias que el proceso implica, alcanzan proporciones descomunales que llevan a conflictos irresolubles por absurdos, rupturas con amigos y familiares, crisis de desesperación, falsos consuelos, que ocupan el interés y la imaginación por un tiempo y terminan en nada, al constatar que la vida anterior, que se juzgó tan inútil, ya no existe, y la nueva, tan deseada y soñada, es pura apariencia y no va más allá de una obra de teatro que se representa y termina.



Carlos



Su padre había sido pintor y él también pintaba, tal vez con más fortuna. Expuso una primera colección de dibujos y acuarelas en la vieja galería de la ciudad y los vendió todos. Eran paisajes de la provincia casi siempre reconocibles, colinas onduladas, chopos en la ribera de los ríos, plazas porticadas, calles estrechas y misteriosas, vistas nocturnas del recinto amurallado, nubes, bandadas de pájaros, árboles secos. Tenía veintidós años y desde entonces solo se dedicó a pintar. Pensaba que podría haber sido cualquier otra cosa, o no, en realidad solo sentía que era él siendo pintor. De niño el padre le enseñaba a dibujar, no eran lecciones propiamente dichas, era un juego, y a él le gustaba. Al volver del colegio subía al estudio en el último piso de la casa, se sentaba en su mesa, una mesa pequeña hecha a su medida, cogía las hojas de papel y los lápices, y comenzaba a dibujar. El padre se acercaba, se sentaba a su lado y le guiaba. Le hablaba de los colores, las mezclas, los reflejos, las transparencias y la luz. No siempre lo entendía pero disfrutaba. Sentía al padre orgulloso, a su lado, solos los dos, compartiendo un tiempo y un espacio del que quedaban excluidos la madre y el hermano menor. Quería proteger a su padre, le daba la impresión de que se sentía perdido y en las discusiones con la madre quedaba por debajo, más brusco y violento en

los modales, menos hábil, menos dueño de sí mismo, más desamparado. Mientras el padre se sentaba a su lado, nada malo podía pasarle. Ese día al volver del colegio, corrió hacia la escalera para subir al estudio, se paró en el rellano y escuchó, se oían voces, los padres discutían y chillaban, oía las palabras pero el pánico no le dejaba entender su significado. Subió hasta el tercer escalón y volvió a bajar, luego volvió a subir y de nuevo a bajar, un dos tres, un dos tres, y pensó que así, repitiéndolo muchas veces, la amenaza que presentía desaparecería, saldría por la tronera de la buhardilla como una bruja sorprendida. Poco a poco las voces se fueron apagando, había dado resultado, y echó a correr hacia el jardín, se metió debajo del olivo y se repitió bajito, ya pasó, ya pasó.

Recordaba aquel tiempo como un sueño. Se sentó en el sillón enfrente de la ventana y cerró los ojos. Su madre estaba también sentada en el jardín y le miraba sonriente. Carlos ven, y extendía los brazos hacia él. Fue la madre quien primero se dio cuenta de que algo le pasaba, Carlos hijo, por qué haces eso, y él no se lo podía explicar, la madre pensaría que se estaba volviendo loco, él a ratos también lo pensaba. Los rituales para que nada malo sucediera habían ido en aumento, les dedicaba varias horas al día, con auténtica devoción. Cuidado con equivocarse de baldosa, hay que pisar primero con la pierna derecha en la blanca, después con la pierna izquierda en la negra, uno dos, uno dos, sin cambiar el ritmo para no tener que volver a empezar. Desde la puerta de entrada hasta el pasillo tenía que pisar exactamente veinte baldosas, siempre en el mismo orden. Solo así se podía evitar la catástrofe. No hay que entrar en la habitación con el pie izquierdo: soñaría con la madre muerta en el cauce del río. Las zapatillas debían quedar bien colocadas a los pies de

la cama antes de acostarse, la una junto a la otra, en paralelo, rozándose. Había que repetir la oración tres veces, mejor arrodillado en la alfombra, con los codos apoyados en la cama y la cara entre las manos, "Jesusito de mi vida eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón". Así el padre no tendría un accidente espantoso. "Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan", y el hermano no moriría mientras dormía. Y tras apagar la luz cuatro veces, había que meterse deprisa entre las sábanas, taparse la cabeza y no pensar en volver a empezar, solo pensar en el canto de los grillos y las cigarras en verano y en el sonido de la lluvia que corre por los canalones del tejado en el inverno.

Este último pensamiento lo ha sosegado, se levanta y se acerca a la ventana, aspira el aire fresco de la tarde, pasea la mirada por las copas de los pinos y se detiene en el seto que bordea el jardín y lo separa de la huerta que ya nadie cultiva. La casa hace ya años que quedó abandonada. De la marea de los recuerdos se desprende un intenso perfume a jazmines. Es el perfume de un verano en el que descubrió el rielar de la luna en el mar y creyó, como lo más natural, que Dios estaba en todas partes. De todas las pérdidas, de todos los sueños, de todos los recuerdos, esa pérdida es una de las que más lamenta. Traza una cruz imaginaria en el suelo con el pie, cierra los ojos, cruza el dedo mediano sobre el índice y murmura como entonces: sana, sana, culito de rana, si no se cura hoy se curará mañana. No, no todo sana, y el presente se confunde con el pasado, lo que uno es con lo que quiso ser, y no sabe muy bien por dónde transcurrió el camino elegido, ni si de verdad lo eligió, ni por dónde va a transcurrir el que queda por delante.

Se aleja de la ventana, vuelve a sentarse en el sillón, reclina la cabeza, reposa los brazos a los lados y cierra los ojos. Por un momento la historia que recuerda le parece la sombra de la historia real, tantas veces la memoria se confunde con los sueños y los sueños pasan a formar parte de la memoria. Pero está despierto, como el timonel avizora el horizonte, él esta tarde, en este sillón donde no se sienta desde hace tanto tiempo, rememora su vida. Se pregunta cuál fue el momento definitivo, el instante en que todo cambió para siempre. El padre y la madre ya no discuten desde hace meses, en la casa reina una calma fría que él no se sabe explicar. Los padres hablan lo justo, pero ya no se pelean, se reparten las obligaciones como si se tratara del trabajo en la oficina, son correctos. No sabe qué pensar, por momentos le vuelve la esperanza, cree que todo es posible, pero no se siente tranquilo, permanece en guardia, hasta que llega un día aciago y ve que el padre ha preparado una maleta y dice que se va por unos días y él comprende que ya nada tiene remedio.

Se lo contaba a su médico: si no cuento las baldosas y cruzo varias veces el dintel de la puerta, mamá se va a morir, puedo asesinar a papá, voy a quedarme ciego, voy a quedarme deforme. Son ideas absurdas, pensamientos raros que tengo y no me dejan, y me asusto, pues pienso que los tengo porque quiero. Estando en el colegio, en la clase de matemáticas, me ha venido una sensación de tristeza, tristeza por la vida, sin motivo, y yo miraba a los otros niños y tenía miedo de que ellos lo notaran. Tengo miedo de morirme, de tragar saliva y de que esté envenenada, de tragarme la pasta de dientes cuando me los lavo. Me asusta tener las manos sucias y chuparme los dedos, o tocar el suelo y acercarme los dedos a la boca. También me vienen palabro-

tas a la cabeza, son palabrotas que digo a Dios, a mi madre, a los médicos, incluso a ti. Dudo mucho, entro o no entro, me lavo o no me lavo, y me late el corazón, entonces tengo miedo de morirme, los niños también se mueren a los seis años. Repito números por dentro, me vienen a la cabeza, tres, seis, nueve, son números mágicos. También doy las gracias muchas veces, y tienen que contestarme, de nada, si no, no puedo parar, y pido perdón, sé que no he hecho nada, pero por si acaso mejor pedir perdón.

Lo recuerda todo con absoluta nitidez pero ya no le angustia. Ya pasó o dejó de pasar. Él, esta tarde que camina hacia la noche, como cada día, solo recuerda: "la sutileza de las sensaciones inútiles / las pasiones violentas por nada / los amores intensos por lo supuesto en alguien / todas esas cosas / esas y lo que falta en ellas eternamente / todo eso produce cansancio / este cansancio". Él quiso infinitamente lo finito, lo quiso todo, o un poco más, si pudiera ser, o hasta si no pudiera ser. Y ahora se encuentra aquí, sentado en el sillón, con los ojos cerrados entregado a sus pensamientos.

Ve al padre sentado a su lado: "Carlos tienes que fijarte en la transformación de los colores, en los cambios de la naturaleza: el amarillo del piorno en primavera, el lila del brezo en verano, el dorado de los robles en otoño y el armiño de la nieve en las cumbres en invierno. Los colores cambian como cambia el alma de la gente y tú tienes que pintar el alma". Él ha querido pintar el alma, casi siempre oscura, impiadosa, lejana, cuanto más la pintaba mejor conocía el terror de la vida y más cerca sentía su propio terror. El padre insistía, pinta la quietud de las cosas, el movimiento de los pájaros, la atmósfera aérea de los interiores. Y él pensó, mejor pintar la quietud del corazón.

Hubo una época en la que los rituales disminuyeron, podía entrar y salir de la habitación sin repetirlo, cruzaba la entrada sin contar las baldosas y no le angustiaba que cambiara el orden de su mesa, pero aún lo tentaban las ideas obsesivas, como un dios exigente que no está dispuesto a abandonar con tanta facilidad el terreno conquistado. Por eso mismo, le costaba un esfuerzo enorme concentrarse. Cada poco tiempo sentía la necesidad de interrumpir la tarea, y dar paso a los pensamientos cuya repetición le traería el alivio, como un talismán que protege de la mala suerte. Se decía a sí mismo, solo será por un instante, un breve tiempo concedido al consuelo. Pero el consuelo no llegaba y su mente, como un tirano celoso, volvía a las mismas ideas, se llenaba de ellas como un vaso vacío, como la tierra seca se empapa de la lluvia. Eran tantos los anhelos y temores que abarcaban la diversidad del mundo, de los objetos visibles e invisibles y de entes abstractos que él solo conocía. Pero todo aquello ya pasó.

Se levanta y cruza la habitación, se dirige a la cocina. Encima de la mesa, junto a la puerta que da al jardín, la vecina que lo conoce desde niño, le ha dejado unas cerezas. Saborea las cerezas una a una, Dios mío, cuanto tiempo ha pasado, y siente todo el peso del tiempo.

Vuelve a la habitación y se detiene en las estanterías llenas de libros, son los libros del padre que nadie tocó tras su partida. También hay postales, recuerdos de viajes, fotografías olvidadas, algunas cartas. Mañana por la mañana cerrará la puerta y dejará la casa, pero esta noche quiere entregarse a la memoria, como una ofrenda a quienes tanto ama. “Papá, te lo prometo, esta vez estoy decidido, voy a ser feliz”. A través de la ventana apenas se distin-

guen los troncos de los árboles, ya es de noche. Se sienta en el sillón, reclina la cabeza y cierra los ojos, ve la expresión del padre cuando a él le dieron el premio y algún crítico dijo que una nueva visión había surgido en el mundo del arte. Él sabía que no eran más que palabras, pero el padre estaba feliz. Fue entonces cuando le dijo, "Carlos, tenemos que hacer juntos un viaje, el último viaje".

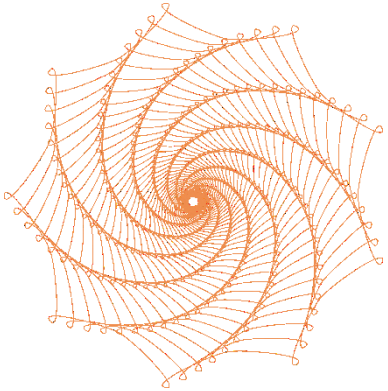
Hace calor y la brisa que sopla del mar no es suficiente para atenuar el peso de los párpados y la sensación de laxitud. No se quiere dormir, pero oye el canto de los grillos y siente que se vuelve ligero, como si volara. El padre camina por el borde del mar, un mar esmeralda de corales, algas y fondos marinos.

Esa mañana, sin saber por qué, le ha hablado de la muerte, de cómo la muerte llega cuando tiene que llegar, de la resignación que hay que tener cuando a uno le salen mal las cosas, de que a la postre, todo es mágico, inquietante y misterioso. Le mira asombrado, papá, por qué dices esas cosas.

El padre continúa su paseo, el crepúsculo diáfano y tranquilo se arquea sobre el horizonte y es la hora en que los pelícanos comienzan la pesca. El pájaro describe lentos círculos en lo alto y, de repente, se arroja en vertical, y con un movimiento preciso y veloz hunde el cuello en el agua, coge la presa y se eleva. Es una exhibición de pericia y elegancia, de perfección de la naturaleza.

La figura del padre se aleja, el color del mar es un arco iris de verdes, azules, reflejos dorados y rosas que, poco a poco, se oscurecen y confunden con la línea nacarada de la playa. Las luces de las cabañas comienzan a encenderse y se oyen conversaciones en los porches que preceden la hora de la cena. Él

también quiere hablar con el padre, en una conversación silenciosa que se pierda en la bóveda celeste, y se siente de nuevo como entonces, cuando era niño, y se sentaba en su silla en el estudio y el padre se acercaba y le enseñaba a dibujar.



El médico

Tantas vidas han pasado por su vida y tantos caminos se han cruzado con el suyo que, un día, siente la necesidad de rescatarlos del olvido. Y qué mejor forma de hacerlo que escribiendo. A través de la memoria y de las sensaciones que evoca, van surgiendo las historias que ha escuchado, las emociones que ha sentido, lo que es el discurrir de la vida. Y así, prosiguiendo la vocación que comenzó hace tantos años, el camino que emprendió de forma voluntaria y la vida se ha encargado de moldear, intenta seguir desentrañando la oscuridad que a todos nos rodea. Y es el carácter fugitivo de los seres y las cosas, lo que lo empuja a aprehenderlas, a atesorarlas, y la vida adquiere así, tal vez, una dimensión de eternidad.

Sabe que la solución del dolor no siempre está al alcance de la mano, que la irracionalidad y la locura siempre acechan, pero no tiene que asustarse, no tiene que echarse atrás, tiene que mantenerse alerta, adaptarse, cambiar, porque los pacientes siempre esperan. Es la esperanza la que impulsa su camino. Sin esperanza, no acudirían. Una y otra vez tiene que defenderse del infortunio para seguir adelante, levantarse, recobrar las fuerzas, de nuevo empezar. No puede quedarse anclado en el momento de la desgracia, distanciado del pasado por el paso irrevocable del tiempo y sin camino hacia el futuro. Las

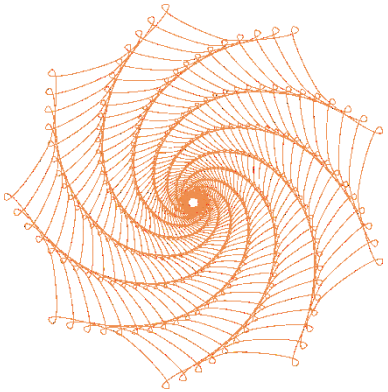
palabras lo acompañan, las palabras que ha oído, las que ha escrito en tantas historias clínicas, lo sustentan, le permiten reconstruir las vidas de otros y su propia vida, le permiten iluminar su mundo interior. Las palabras son su fortaleza, ellas lo protegen de los mensajeros de la desgracia.

El médico, a través de la ventana por la que escucha y mira, se asoma a la inmensidad del paisaje que es el paciente. Ese es su privilegio, un privilegio que nada ni nadie podrá cambiar. Y en ese paisaje, el lugar natural de encuentro con el otro es el rostro. Allí esperan la gratitud, la necesidad de consuelo, la esperanza. Y el médico se pregunta si la vida no es más que el devenir que todo lo arrasa, el río insondable, cuyas aguas corren más allá del bien y del mal, o es posible, al menos en parte, reconducir su cauce. Si es posible, en medio de tanta desmesura y falsas apariencias, llevar una existencia auténtica.

A veces es la fe del paciente lo que sostiene al médico, lo que le empuja a luchar contra la adversidad y la muerte, y un día recibe el don de contemplar un milagro y ve cómo la muerte da paso a la vida y el deseo de venganza y la cólera, que brotan del abandono y la pérdida del amor, se abren a la paz y el deseo de reconciliación. Ve cómo el odio da paso a la generosidad y al perdón.

En un mundo hiperactivo y deshumanizado, el médico puede ser el amigo fiel que está al lado en los momentos difíciles, aquel a quien se encuentra en las horas de dolor, y esa compañía es el mayor alivio cuando la suerte se tuerce. A cambio, a través del contacto con el paciente, el médico configura su propia identidad, se descubre a sí mismo, distingue lo que es de lo que no es

y recibe el consuelo que él tantas veces transmitió. Testigo privilegiado del renacimiento a la vida de tantos a quienes ha conocido, tiene la oportunidad de volver él también a nacer, de verse a sí mismo en el espejo que le ofrecen, y de convertir su vida en la expresión concreta de la vocación que sintió un día.



11 de marzo de 2004

A medida que habla con el médico el rostro del hombre se transforma, refleja los cambios que las palabras que oye producen en su interior, siente perplejidad y asombro ante lo que ha sucedido y que todavía no comprende. Paso a paso, siente que el temor le crece por dentro y es como el nivel ascendente de una inundación que quita seguridad a las piernas, llega hasta la boca y termina por anegar el corazón. Siente que el corazón se le encoge, o peor aún, que al corazón le ha nacido un cuerpo extraño, algo desconocido hasta ahora de lo que no se puede librar.

De repente, contempla al hijo mutilado, la cara donde falta un ojo, la pierna que no aparece. ¡A su niño le falta un ojo y una pierna! Se arrodilla, pone la cara en el suelo y suplica sollozando: Dios mío, Dios mío, devuélvemelo, que no sea cierto, es un sueño, es un mal sueño.

El sonido de las sirenas ha irrumpido en el interior del hospital y una voz recorre veloz los pasillos: *¡todos a la urgencia, todos a la urgencia!* Ha explotado una bomba en la estación, luego dos, después tres. Llegan las primeras noticias del número de muertos, cuatro, seis, diez, no se sabe, son más, muchos más, y así en progresión creciente, cincuenta, ochenta, más de cien, ciento setenta y cuatro, ciento noventa y uno. Van llegando los heridos por decenas, a

riadas, en un desfile interminable, insoportable de contemplar. Al final de la mañana, casi trescientos.

El atentado ha matado a los más pobres, obreros que venían a trabajar, estudiantes del extrarradio que se dirigían a clase, inmigrantes. Todos unidos en la desgracia, en el espanto y la perplejidad de lo que no tiene explicación: la máxima crueldad expresada con la máxima violencia. La muerte de los inocentes. El terror.

Nos han matado a todos y Madrid ya no volverá a ser igual. Han matado a nuestros hijos, a nuestros niños, y lo han hecho por una idea, no sea sabe muy bien cuál. Se dice que son muertos por razones políticas. Es verdad, las ideas destruyen y también matan, y los bien pensantes las explican, no las justifican pero las comprenden.

Poco a poco las víctimas y el dolor inabarcable de las víctimas, deja de estar en el centro, se aparta suavemente hacia un lado, se relega a una zona de penumbra, menos incómoda. Ahora toca analizar desde la política, matizar, minimizar las consecuencias indeseadas. Es el momento del "sí pero no". Ahora llega la ideología, buscar la responsabilidad de la autoría en el contexto ideológico que se considere pertinente. Si los autores han sido estos favorecerá a unos, y si no lo han sido favorecerá a otros y el análisis se centra en un aspecto concreto que acaba convirtiéndose en esencial, en la clave de todo, en aquello que favorece los intereses confesados o inconscientes del que habla. Y los rostros de las víctimas se difuminan, se alejan, desaparecen, y el drama humano, que haría gritar a Antígona, se evapora. Es el momento del análisis profundo, de la reflexión de los que saben y entienden. De aquellos que, se-

gún las circunstancias, olvidan que el hombre es la medida de todo. Y es ahora en este preciso momento cuando hay que recordar a Albert Camus: "si tengo que elegir entre el partido y mi madre, me quedo con mi madre". Y el médico no elige, porque eligió hace mucho tiempo, en el principio, cuando aún confiaba en la bondad de los otros. Su lugar quedó establecido de un único lado, del lado de los que sufren, solo y siempre del lado de los que sufren, porque ser más compasivo que los dioses es una prerrogativa del ser humano.

11 de marzo de 2004

I

El perdón acude a los labios
como el manantial de una fuente
que brota en primavera,
lentamente.

Después del crudo invierno
de las largas noches,
del miedo,
el perdón acude
como la escarcha,
envuelto en lágrimas.

II

Ya solo queda el silencio
después del estruendo de las bombas,
la quietud que sigue al alarido
el charco de roja sangre cubriendo
la alfombra de la calle,
la locura en el ojo del inocente,
la espera sin esperanza de los huérfanos,
el terror que sobrevuela para siempre.

III

El alba entierra las sombras
de la noche,
ya es la luz,
son las primeras huellas del día
pero nadie sabe hacia dónde se dirige,
si tornará otra vez hacia el ocaso
o se perderá para siempre
en la fugaz estela de los astros.

IV

Busco la imposible dulzura
que una vez me diste,
el fuego ardiente,
los labios traspasados de deseo,
el clamor de las pupilas exultantes,
la luz del rostro,
el ensueño del reposo satisfecho
busco y no encuentro
pero no quiero saber que tú te has ido.

V

Hoy quiero entregarme a la música del cosmos
la melodía de las estrellas,
inmutable,
desde el origen del universo.
Ser solo un punto de luz
en el juego de las constelaciones
allí, donde el dolor no existe
ni la roja sangre
ni el espanto de los ojos
allí, donde no existe el corazón.

Amir

Él se sabe insomne y aguarda temeroso la llegada de la noche, el momento deseado pero incierto del consuelo y el reposo. Espera con ojos expectantes, las pupilas dilatadas, el instante mágico en que la oscuridad sucede a la penumbra, con el secreto aliento de que esta vez se sentirá invadido por la benevolencia del sueño. Lo cuenta como si en ello le fuera la vida: si lograra dormir todo sería más suave, más llevadero.

El insomnio comenzó hace ya once años tras el nacimiento del hijo y la muerte de la esposa. Piensa atribulado que dos maldiciones han marcado el transcurso de su vida: sus mujeres se morían, y solo nacían hijas. Sentía rubor al decirlo, él que se consideraba un hombre culto y moderno, sus mujeres solo le habían dado hijas. Sabía que el sexo de los hijos no dependía de la madre, pero no podía evitarlo, quería tener un hijo, un hijo varón, el continuador de la familia. Y cuando ese hijo tan deseado había nacido, estaba enfermo, y la enfermedad que lo aquejaba era el SIDA.

Su infancia transcurrió en el Líbano, en el país de los cedros. La familia vivía en una casa de paredes anchas y encaladas, con una terraza en el tejado donde las mujeres tendían la ropa, subían a charlar por la noche después de cenar, y espiaban a los vecinos. Mientras fue niño lo dejaban participar en

esas reuniones de charlas y risas, donde los temas eran tan distintos a los que hablaba su padre con sus amigos. Después, un día, de repente, la puerta de la terraza se cerró para él. Las hermanas, las primas y la madre decían que ya era mayor, ya no podía estar con las mujeres. A partir de ese día contemplaba la puerta desde la escalera, escuchaba los murmullos de las voces y las bromas y se sentía expulsado del paraíso.

El hermano del padre, que trabajaba en la administración, consiguió para él una beca y pudo venir a estudiar a Europa. Todos admiraban su inteligencia, sus gustos intelectuales, la brillantez con que hablaba. Se adaptó rápidamente a las nuevas costumbres y la distancia de la patria le hizo tomar conciencia de la situación de su pueblo, la profundidad de su fe, la injusticia que sufrían, y la incomprensión de casi todos, que se quedaban en la superficie de las apariencias, incapaces de ir más allá, de llegar al fondo de una humillación experimentada sin límites.

La primera mujer le dio dos hijas. Fue un matrimonio al modo tradicional, por acuerdo de las familias. Con la segunda tuvo otra niña. Y se quedaba atónito después de cada nuevo nacimiento de que el hijo no llegara. La tercera mujer era extranjera, distinta a todas, la más especial, su predilecta, aquella a quien él más había amado. Y con ella tuvo un hijo. Y a ella también se la llevó la mala suerte, o la voluntad de Alá, que ve lo que nosotros no vemos, y cuyos designios son insondables.

Ha vuelto con el hijo a la casa familiar que conserva el decoro de los primeros tiempos y una tristeza añadida, la pena inefable que provocan los objetos ligados al pasado de la vida. Todo sigue igual por fuera, pero ya nada es

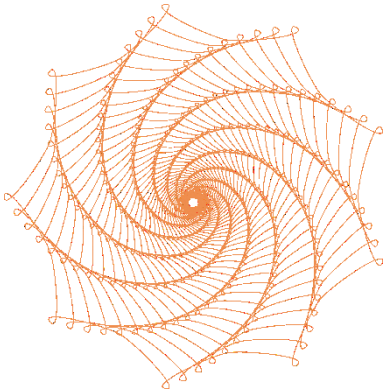
igual por dentro. Las hermanas y las primas no suben a la terraza, hay un silencio persistente en los pasillos y las celebraciones parecen obligadas. Él, mientras tanto, guarda su secreto. Nadie sabe lo que le pasa al niño, ni las hijas mayores, ni los tíos, ni los abuelos. Pero sabe que ese secreto lo está matando poco a poco, convertido en un peso que le aplasta el corazón. Sus padres, sorprendidos, le observan cambiado, la madre lo mira interrogante y se pregunta dónde se quedó ese hijo suyo que un día partió de casa a la búsqueda de una vida mejor. Por la noche sube de nuevo a la terraza, contempla la ciudad y recuerda los mares de colores y los ríos de cauce interminable que de niño despertaban su imaginación. Piensa en la fuerza que tienen las cosas para regresar y en lo mucho de uno mismo que se esconde en ese regreso. Recorre con la mirada el barrio de calles estrechas, semiocultas, y es capaz de descifrar la primitiva geometría de edificios e itinerarios que los derrumbes de la guerra no han logrado borrar del todo.

De vuelta a Madrid, ha pedido hablar con la doctora que vio a su niño de pequeño. Con una mujer, sí, con una mujer. Y lo cuenta todo, y llora, y siente vergüenza y también gratitud, y pide ayuda.

Ha caído el crepúsculo azulado y por la calle desfila una cascada de luces, son los coches de los que vuelven a casa. Ya se siente más tranquilo. Está convencido de que nada sucede por azar, de que un orden invisible gobierna las vidas humanas, pero se siente incapaz de descifrar los nexos auténticos que ligan los acontecimientos. Le gustaría descubrir ese nexo, la fina línea del presente que emerge del pasado y se interna en el futuro, siempre frágil. Cada día lo suplica en los momentos de oración, pero nada ni nadie responde a

su ruego. Y él sigue esperando la llegada de la noche, que el insomnio que lo aflige desaparezca, y lentamente, como cuando era niño, sentirse arropado por la benevolencia del sueño.

Esta mañana ha decidido subir al puerto de Navacerrada, a lo más alto del monte y desde allí contempla un paisaje tan distinto al de su tierra. Acaba de amanecer. La bruma que brota de la hierba y de los troncos de los árboles levanta una cortina luminosa y fantasmagórica que oculta el bosque tras ella. Una figura camina hacia esa luz, cruza el umbral y se desvanece.



Alexis

Tiene diez años y es muy inteligente, pero sigue siendo incapaz de relacionarse normalmente con otros niños. Según el maestro le sale una veta histriónica que produce en los compañeros una sensación de artificio que les hace rechazarlo.

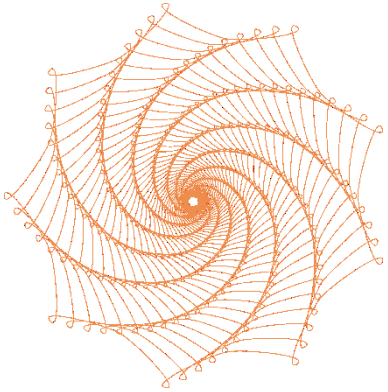
Cuando fue adoptado en Ucrania tenía cuatro años y aún recuerda el orfelinato, las habitaciones sin calefacción, los techos con goteras, el patio helado y sumido en la niebla, el hambre y el frío que nunca cesaban. Recuerda también, vagamente, a la persona que les cuidaba, una mujer mayor que cojeaba al caminar. Y cuando lo cuenta todo, por primera vez y después de tanto tiempo, añade: "después de irme yo, algunos niños murieron de hambre, frío y falta de cariño". Se queda callado y de pronto levanta los brazos, los pone en dirección horizontal sobre la mesa, las palmas de las manos hacia abajo, y los mueve lentamente de un lado a otro reproduciendo un juego, o una ceremonia de aquel tiempo, y da la impresión de que a través de ese rito la paz y el silencio de la tierra han descendido sobre los cadáveres de los compañeros muertos.

Una de sus obsesiones es la comida, en cada consulta necesita abordar el tema, relatar lo que come, lo bien que cocinan su madre y su abuela, y tiene

una expresión de felicidad, como si no pudiera creer que a él le hubiera tocado tanta dicha, la dicha de comer. Si se le pregunta qué tal va de apetito dice sin dudar: "yo siempre preparado". Y la madre lo confirma, siempre está preparado para comer, y por mucho que le den nunca se sacia. Como si el hambre pasada hubiera dado lugar a un vacío que es imposible llenar.

Le queda un temor difuso hacia los seres humanos, una desconfianza contenida, como si su mundo actual no fuera más que un sueño del que en cualquier momento se puede despertar. Desconfía de las relaciones generales y abstractas. A él le interesan las cosas concretas e inmediatas, la comida del día, la ropa del armario, la casa de la abuela, de dónde es su doctora y que tal ha pasado las vacaciones. Cuando el médico le dice que ya ha terminado la consulta, suplica "pregúntame más, pregúntame más", como si fuera insoportable el darla por concluida.

Del orfelinato conserva la costumbre de balancearse antes de dormir. Esos movimientos propios de los niños de las inclusas con los que intentan paliar la falta de estímulos y de referencias. Sabe que puede dejar de hacerlo en cuanto quiera, pero no se decide, tal vez temeroso de perder el último lazo que lo une a lo que fue su vida, un pasado de dolor, pero que es el suyo, y en el que él se reconoce.



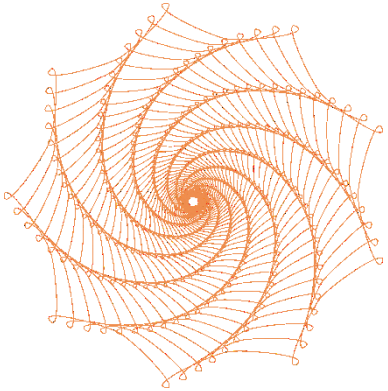
El nuevo hospital

A través de la ventana del nuevo hospital se ven las copas de los árboles de la acera de enfrente o solo las puntas si uno está sentado. Los cristales amortiguan el ruido de los coches que circulan silenciosos como si fueran fantasmas. El silencio de dentro contrasta con el barullo que discurre fuera, como si el hospital fuera una isla elevada sobre la ciudad, rescatada del fragor circundante. Pero no, no hay una muralla que aísle y defienda, y a los pocos días de llegar los ladrones ya han entrado y se han llevado los ordenadores. Nos sentimos inermes, presas fáciles de agresiones ocultas prestas a manifestarse. Un poco perdidos a lo largo de inmensos pasillos, repletos de luz, pero todos iguales, por los que se recorren grandes distancias, en las que es difícil distinguir el comienzo del final. Una arquitectura que se exhibe, que brilla, pero que aún no sabemos si cumplirá su cometido. Precavidos y anhelantes ante posibles asechanzas y crueldades que, como los meandros de un río, discurren por otros pasillos, estos sí, humanos, prestos a devorar al que está desprevenido. Y es palpable la incertidumbre, el miedo a ser alcanzado, el oscuro temor al otro, y el deseo de que quede establecida una línea permanente de seguridad, una frontera imaginaria de paz.

Como los muros de protección de nuestro yo, la frontera cambia con las noticias del día, con la cascada de vicisitudes que acontecen, y hay un ir y venir de las emociones y recuerdos del tiempo transcurrido en el viejo edificio, de los comienzos cuando éramos jóvenes. Del tiempo de los ideales y la entrega desinteresada.

Volver la vista a atrás es recorrer un camino de lealtad y traición, de amor y abandono, de solidaridad y egoísmo. Un camino humano. Pero los pacientes son los mismos, el desvalimiento y el dolor son los mismos. Y queda la amistad de tantos años, indemne a la fragilidad de la vida, a la fugacidad de tantas experiencias y emociones. Y queda el reconocimiento y el afecto de tantas personas, para quienes el paso por la casa supuso un alivio, un descanso, un encuentro personal o la desaparición del dolor. Unos lazos humanos que perduran como un tesoro.

Ahora tenemos la oportunidad de comparar el viaje realizado con aquel que soñábamos, las primeras ilusiones con la desnuda realidad. Y sentimos que todo estuvo bien, que el viaje mereció la pena y que el futuro espera.



Sofía

Cuando el marido ingresó en el hospital, tan grave, transcurrieron cuatro días hasta que por fin la dejaron pasar a verlo. Se acercó hasta la cama, se inclinó para besarlo y él retiró la cara, entonces supo que ya no la quería. Antes hubo otras señales, otros indicios, que hubieran podido dar lugar a la sospecha, pero nunca pensó nada, simplemente lo amaba. Le había entregado la segunda mitad de su vida, los segundos veinte años, todos suyos, toda suya. No importaba el desequilibrio de la relación que los amigos veían, nada importaba, ella lo adoraba. Imaginaba su vida siempre a su lado, le bastaba mirarlo, y mirándolo se sentía iluminada.

Hoy vienen los dos a la consulta porque el niño, que ya tiene siete años, confunde las letras, lee al revés los nombre y escribe con la mano izquierda. Los padres, ante la insistencia de él, se separaron hace un año, como buenos amigos, ella, todo el tiempo, pensando en el hijo. Y el hijo, acostumbrado a las ausencias del padre, apenas ha notado el cambio, sigue rebosante de felicidad, ajeno a la tragedia de la madre, anclado en el paraíso de la inocencia.

El hijo se parece al padre, los mismos ojos, la misma expresión soñadora y tiene la dulzura de la madre. Aún no sabe nada, aún no ha recibido el primer golpe, y ella quiere protegerlo, defenderlo a toda costa, retrasarle la dureza

de la vida, que de forma inexorable acabará por llegar. Quiere resguardarlo de la incertidumbre y el dolor. El padre está decidido, desea emprender una nueva vida, no sabe si ha sido por la enfermedad o si habría sucedido en cualquier caso, pero se sabe cambiado. Ha conocido a otra persona, piensa que está enamorado, y la vida con el hijo y la mujer ya no le dice nada. Seguir con ellos lo deprime, le limita el horizonte, le corta las alas. Desea vivir otra vez, más intensamente, sin restricciones. Dejar las responsabilidades, saborear la libertad, volver a ser joven. Eso es, quiere volver a ser joven. Ella siente que le late el corazón mientras le escucha, anhelante, a la espera de una palabra que le dé esperanza, una señal, aunque sea leve, de que para él, ella aún existe. Pero la señal no llega y la esperanza se pierde.

El marido se ha ido y ella contempla el tiempo que estuvieron juntos. Siente nostalgia y dolor, piensa lo que pudo ser y no fue. Se sienta en la butaca junto a la ventana y reclina la cabeza, se toca la cara, tiene hinchados los ojos y le duelen los párpados. Ve su vida, privada de soporte, a la deriva, y la compara con la vida que imaginó, la que cultivó y deseó que fuera. No fue así. Él se ha ido y es como si la ausencia hubiera tenido la virtud de poner de manifiesto lo que la presencia ocultaba: un inmenso vacío.

Se siente perdida, ya no tiene la imagen de sí misma reflejada en el espejo que era su mirada, la imagen se ha oscurecido, han desaparecido los colores, ha desaparecido la luz. Solo queda la visión de la noche, un océano de grises y negros que la tiene prisionera. Compara la plenitud que sentía cuando él estaba, con el vacío que ha dejado su ausencia, la felicidad de entonces, con el pesar de ahora. Son las dos caras de la vida, la luz y las sombras, y ella está en

la oscuridad. La nostalgia va dando paso a la angustia. Siente una ansiedad difusa que se hace cada vez más densa, que se concentra en el pecho y en el estómago y desciende más tarde al abdomen, de manera que hasta los riñones y la espalda parecen haber perdido su función natural, rendidos, ellos también, a la nueva realidad. Se pregunta una y otra vez qué es lo que ha sucedido, nunca había imaginado que la felicidad pudiera ser tan frágil, una copa de cristal finísimo que se rompe, una flor que el viento siega y se marchita. Su amor hacia él permanece intacto y no puede comprender cómo la intensidad de este amor no lo conmueve, cómo lo que en ella es fuego a él solo le inspira frialdad.

Sí, eso debe ser el abandono, eso debe ser sentirse abandonada, una forma de dolor que te tiene asida y del que no puedes librarte, como si formara parte del aire que respiras. Y sin aire no hay oxígeno y sin oxígeno no hay vida. La inquietud de la angustia y la desolación del abandono lo impregnan todo, lo que siente, lo que es, lo que hace. Ya nada volverá a ser igual, ya nunca volverá a saborear la dimensión despreocupada y liviana de la vida, esa que la ligaba a los primeros años cuando, fuera cierto o no, se creía feliz. Los amigos intentan consolarla, quieren que vea que las cosas, en los últimos meses, van mejor, pero ella piensa que poco importa que las cosas vayan mejor o peor, lo que importa es que nunca volverán a ser lo mismo, y ella tiene que elegir entre la sabiduría del que no espera nada o esa otra que la permita, aunque sea dolorosamente, vivir con el corazón día a día.

Tiene que dar un paso decisivo si quiere liberarse, si quiere seguir viviendo, tiene que decirle adiós porque él ya no es el que era, porque ya no lo co-

noce. Entenderlo dentro muy dentro, aquel a quien amó ya no existe, decírselo, ya no te conozco. Piensa en su padre, en la relación tan especial que tuvo con él, en su amor incondicional. Recuerda sus relatos cuando volvió del viaje a Oriente y dijo que venía transformado, como si hubiera accedido a una nueva forma de sabiduría hecha de paz interior, piedad y ausencia de deseos. Eso es lo que ella necesita. El padre cuenta que la visita al recinto sagrado de los templos Kmeres lo ha hecho descubrir una nueva dimensión de la vida. Relata que los templos son un símbolo del cosmos, y su arquitectura de puentes, torres, murallas y canales representa también el camino interior que uno debe seguir hasta llegar a un estado de paz que lo reconcilie con la vida.

Recuerda las palabras del padre y decide buscar y volver a mirar las fotos del viaje. Allí están, en el cajón de la cómoda reservado a sus recuerdos. Contempla la sonrisa enigmática de las cabezas de Brahma situadas a los cuatro lados de cada torre, mirando hacia los cuatro puntos cardinales. Los ojos del dios que vigila, que todo lo ve. El agua, que en forma de canal rodea y delimita el recinto y se multiplica en estanques interiores que separan edificios y reflejan bajorrelieves y arquitecturas, simboliza los océanos. El agua que purifica y que hay que traspasar como primera etapa de ese recorrido que lleva hasta el monte Meru, lugar del santuario y residencia del dios. Tal como el padre lo contaba, el recorrido está cargado de significados, hay que iniciarlo antes de entrar, en la gran calzada bordeada por dos barandillas en forma de serpientes naga, sujetas a un lado por diablos de aspecto feroz, mientras dioses benefactores lo hacen al otro, representando la lucha del bien y del mal. El camino continúa pasada la gran puerta, la gopura, y se prolonga entre las altas torres del recinto interior, símbolo de las montañas de la tierra. En esa re-

presentación total del cosmos que los templos Kmeres ofrecen, una sucesión de niveles con escaleras progresivamente ascendentes adentra al viajero en la ascesis del recorrido, de tal forma que el esfuerzo de subir los escalones, cada vez más altos, es el reflejo del camino preparatorio y de iniciación que hay que transitar para llegar al encuentro con el dios. Tres niveles ascendentes y cuatro galerías interiores orientadas a los cuatro puntos cardinales confluyen en el santuario, y la luz se pierde en la longitud inmensa de estos pasillos silenciosos cuya altura disminuye a medida que se acercan a la morada sagrada. Y el padre contaba que, tras la acción purificadora del agua y la ascesis de la subida a través de las torres, se tiene la sensación de que el tamaño corporal se reduce y queda suspendido en la nada de esa luz difusa e inaprensible que cobra plena nitidez justo en el centro, donde la imagen de Buda reposa.

Contempla las fotos del álbum perfectamente ordenadas, y repite el recorrido que hizo el padre y que a ella le contó, y vuelve a sentir las sensaciones que tuvo entonces mientras lo escuchaba. Siente el silencio de aquel lugar perdido, la visión intacta de otro tiempo que al padre lo conmovió. Y ese silencio, contaba él, culminaba en el fulgor rojo del atardecer cuando la selva parecía incendiada y su más alta llama era el templo, y todo era misterio.

Ella entiende el mensaje, solo la ausencia de deseos conduce a la paz. Pero no es eso lo que ella quiere, no es ahí donde se siente reconocida, ella tiene un único deseo, amar y ser amada. Hará el recorrido que el padre hizo, traspasará océanos, ascenderá montañas y llegará a lo más alto, a la morada de los dioses, sí, pero será para gritar, ya no te quiero, no te conozco, quiero seguir viviendo.

Pedro

El niño llega a la consulta acompañado del padre, que ya ha venido otras veces, y se siente satisfecho por los resultados del tratamiento. El hijo está más tranquilo, más reposado, saca mejores notas, no contesta de forma tan impulsiva y discute menos con la madre. Sí, está mejor. Por eso la expresión preocupada del padre no concuerda con lo que cuenta y el médico lo mira interrogante. El padre hace un gesto, desea que el niño salga y poder hablar a solas.

Se ha hecho el silencio. El hombre, que es joven, se mueve en la silla, se inclina hacia adelante, contempla la cara del médico. Desea hablar, pero no sabe cómo. Se siente inseguro. Por la ventana se ve el cielo gris, otoñal. El calor del verano se ha seguido de un tiempo variable, con ratos de sol y otros de nubes, o con un cielo plomizo sin que termine de llover.

Una sombra de dolor le recorre la cara cuando por fin habla y relata lo que le angustia, la enfermedad de su madre, el trastorno que la aqueja, que ha surgido cuando es ya mayor y sin que nadie lo esperara. Un delirio de celos que no la deja vivir ni deja vivir a quienes la quieren. Un dolor persistente que no la abandona. Un dolor henchido de sospecha, inquietud y desconfianza, que la lleva de un lado a otro expectante y herida. La mirada ya no tiene la

expresión amorosa de antes. Ahora lo mira desvelada y con angustia, también con temor y con ira, ante la sospecha de que el hijo pueda ser cómplice de la afrenta que ella sufre.

La afrenta comenzó hace mucho tiempo, mucho antes de que él naciera y de los cambios de la familia de un lugar a otro, hasta que por fin se asentaron. La madre nunca había dicho nada, había guardado para sí el peso que la trastornaba y que por fin, tan tarde, había decidido estallar.

Fue en la guerra, en la aldea escondida en la montaña, donde vivían unas cuantas familias, los animales, los prados y el paisaje. Primero mataron al abuelo y después la abuela fue violada. Y de esa violación nació su madre.

Por fin lo ha contado, se siente mejor y rompe a llorar. Que el dolor se convierta en lágrimas y las lágrimas lo liberen por dentro de este peso, de esta desgracia imprevisible que está conmocionando sus vidas. Él cree que la madre, al conocer la verdad, optó por la resignación, y ahora, esa resignación había estallado. A veces la realidad se desvela lentamente, de manera gradual, otras lo hace de repente y de forma absoluta. Él tiene la sensación de haber descubierto, en un único momento, más que en toda la vida, de haber penetrado una verdad hasta entonces velada y de haber alcanzado un grado de lucidez que no se podía imaginar. No es la sabiduría de Buda, la iluminación tras años de soledad, meditación y ascetismo, es la iluminación después de nada, por el solo devenir de las cosas y la vida.

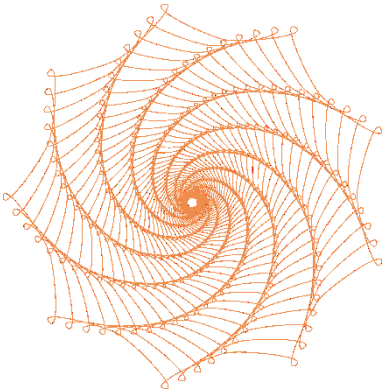
La tragedia ha irrumpido en la conciencia de la madre, el recuerdo olvidado pero presto a salir. Es verdad que la memoria selecciona los recuerdos, que van y vienen de forma misteriosa entretejidos de deseos y asaltados por

la duda. Pero la madre no tiene dudas, bien al contrario, la certidumbre la ha desbordado. La ferocidad primordial de la vida la ha hecho sucumbir. Y el hijo sufre por el dolor de la madre, por el mundo que cambia, por las verdades que pasan y la realidad que se impone. Sufre por el rostro amado de la madre que se aleja. Se calla un momento, contempla al médico y sigue su mirada que se dirige hacia la ventana que da a la calle. Al otro lado, en el pequeño jardín que separa el edificio de la acera, crece una higuera. La higuera ya no tiene fruto pero sigue desprendiendo el aroma embriagador que notan los que pasan a su lado, como si un pedazo de naturaleza se hubiera trasladado al centro de Madrid, justo a la puerta del Hospital Infantil. Su fragancia es un don fugaz, como fugaz es la vida, que recibe por la mañana y despide al terminar la jornada. Y en medio del tráfico, y del fragor del día, el perfume de la higuera y su humilde presencia transporta la imaginación y el espíritu a otros lugares y a otros momentos, a mundos perdidos o tal vez solo soñados.

A través de la ventana del despacho se contemplan las ramas del árbol y una pequeña parte del tronco, y es posible imaginar su aroma. La mirada del hombre se ha serenado, como si la angustia fuera menos intensa, o tal vez igual de intensa, pero más llevadera. Por lo menos ahora el secreto y la humillación los comparte con alguien. Alguien que es capaz de comprender.

El médico siente la intensidad del desamparo y comparte los momentos de dolor que a lo largo de su vida también ha sufrido. Siente de nuevo la sorpresa ante el horror de la crueldad, de la violencia ligada a la naturaleza humana, una violencia que de vez en cuando, como ahora, adquiere una dimensión

personal, una realidad con rostro y ojos, y ese rostro y esos ojos ya nunca se olvidan.



La medicina y la escritura

El ejercicio de la medicina tiene mucho que ver con la ejecución de una obra de arte o con la escritura. La obra de arte brota siempre de la necesidad. El poeta escribe porque se siente llamado por una vocación absoluta, porque tiene la conciencia de que si no escribiera se moriría y debe aceptar esa exigencia vital sin preocuparse de lo que digan los demás. De la misma forma algunos médicos lo son porque no podrían ser ninguna otra cosa.

La escritura, como acto creador, significa que algo inédito, inesperado, original, está aconteciendo. Esa dimensión creadora transforma al escritor y la obra escrita transformará más tarde al lector, que descubrirá a través de las palabras, huellas del pasado que no volverá y atisbos del futuro que no es posible predecir. De esa forma el contacto y la comprensión de lo que otro ha escrito conmueven la conciencia y la experiencia interior de quien lo lee, y le permiten realizar un viaje interior cuyo itinerario lo traslada a lo largo del tiempo, a otros momentos históricos y personales, hasta el encuentro con sus orígenes. De igual modo el ejercicio de la medicina debe alterar la identidad personal del médico, en un proceso gradual, cotidiano, imperceptible, y en ocasiones, definitivo y radical. La realidad del enfermo cambia la visión de lo

que el médico ha contemplado hasta entonces y de lo que le queda por contemplar. Cambia la visión de sí mismo y de la vida.

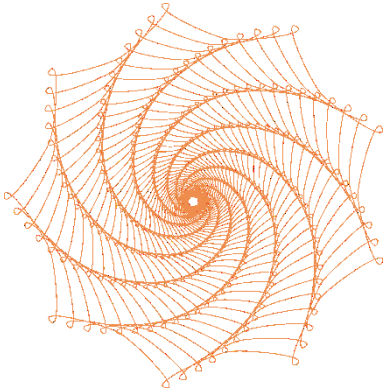
El médico que escribe acerca de los pacientes y de su experiencia opta por otra forma de aproximación a la condición humana. La experiencia del paciente se transmuta en su propia experiencia y la escritura la transforma a su vez en experiencia del lector. De esa forma la vida minúscula del hombre corriente adquiere una dimensión nueva, pasa a formar parte del mundo de los libros, de la palabra escrita, y basta con que una sola persona lo lea y se sienta concernida para que haya cumplido su objetivo. El paciente anónimo queda rescatado, recibe un nombre y entra en esa red invisible de los que leen y comparten una realidad tan intangible como verdadera.

Lo mismo que el pintor capta un instante en el fluir del tiempo y pintándolo lo fija y lo salva de la fugacidad, el médico que escribe atrapa todo un mundo personal que se ofrece a su mirada y lo salva del olvido.

La comprensión de la realidad y de la naturaleza por parte del médico, lo mismo que la comprensión de una obra de arte, nunca termina. No solo exige situar los conocimientos en un contexto que los dé sentido, sino ir a la búsqueda de un significado final que siempre se escapa. Así como la música requiere nuevas ejecuciones y la escritura nuevas lecturas e interpretaciones, el ejercicio de la medicina sigue abierto a nuevos horizontes y la realidad del paciente a nuevos descubrimientos. A veces el paciente cree que está contando recuerdos, pero no son recuerdos, son los sueños que tuvo, que han buscado su aposento en la memoria y han desplazado la otra realidad, y el médico, como en la superficie de un lago, ve reflejados sus propios sueños.

El paciente que habla y el médico que escucha se acompañan, comparten un lenguaje exclusivo de palabras y silencios, donde decir es no decir, y donde hablar es también callar. Ambos saben que el dolor es inseparable del gozo de vivir, como la luz es inseparable de las sombras.

El paciente que habla y el médico que escribe su relato, buscan juntos el significado del transcurrir cotidiano. El afán narrador del paciente transforma al médico, que escribe por él y para él, en un esfuerzo de sobreponerse a la crueldad de las acciones humanas y de convertir la vida en algo razonable.



El transcurrir de la vida

La vida de los pacientes se ofrece a la mirada del médico como una trama que nunca deja de modificarse. Lo que aparece como certeza en un momento dado, queda anulado por lo que sucede a continuación, en un transcurrir de los acontecimientos y las emociones siempre cambiante.

El paciente busca la revelación del destino que lleva dentro y el médico contempla cómo se esfuerza en conquistar lo que de antemano sabe perdido, el amor del padre que lo ha abandonado o la cercanía del ser amado que ha muerto. Y el médico siente que la única certeza es que todo es relativo, que nada es visible de inmediato, y comparte con el paciente la sensación de inseguridad ante el ser cambiante de los otros y ante el ser cambiante que nos habita.

En ocasiones, el espectáculo que se contempla ofrece en una única visión la crueldad del mundo y su carácter sagrado. El horror junto a la puerta del paraíso. Y el paciente espera que el médico sea capaz de conducir el estado de confusión en que se encuentra hacia un orden razonable que lo dé sentido, porque como decía un padre, "desde que esto comenzó lo que no era es, y lo

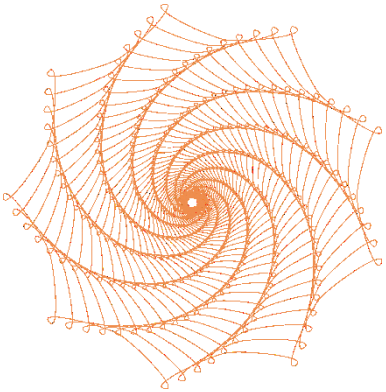
que es no era". A medida que avanza la nueva situación, más extraño se le hace el mundo a su alrededor y más se aísla en una dolorosa soledad. Su esperanza es que el médico descubra la palabra mágica y secreta que devuelva la paz a su corazón, y conjure los males del destino, que lo libre del desorden y la irracionalidad de la vida, de sus golpes repentinos e insensatos. Que lo ayude a recuperar el nombre verdadero de las cosas.

El médico sabe que las cosas y los acontecimientos son tal como son y la vida discurre por sus cauces naturales: el sentimiento de pérdida y abandono, la conciencia de culpa, el azar, la venganza, el deber, la fe y la búsqueda de redención. Y en este camino es difícil compaginar la aceptación con la pasión comprometida, la ecuanimidad con el entusiasmo, la sabiduría de la distancia con la emoción de la experiencia, pero ese es el desafío. En realidad está bien sentirse perplejo, pues la perplejidad es esencial para estimular la imaginación, para darse cuenta de que desconocemos el objetivo último de la vida, la respuesta a la pregunta definitiva: qué se esconde más allá de la muerte.

La angustia brota de la dificultad que supone discernir lo verdadero de lo falso. Es, en último término, una angustia de carácter moral. Otras veces nace del impacto que se siente ante el choque de fuerzas, unas creadoras, otras destructivas, que impregnan el quehacer humano y que rara vez se separan.

El médico junto al paciente no tiene miedo de tocar la tragedia o el mal que el paciente siente en ese momento como la única realidad de su vida, porque eso también es la vida. El paciente sufre, y el médico a su lado, por el mundo que cambia, por las verdades que pasan, por los rostros amados que se alejan, por la innumerable pérdida de las cosas.

Tiempos cortos



El padre

Hallstatt 8 de Julio de 2003

Estimada doctora:

Como quedamos por teléfono el pasado 22 de junio en Madrid, le escribo para contarle el problema de mi hijo, que tiene doce años y se hace el pis en la cama. El niño dejó de hacerlo muy pronto, a los dos años, pero transcurridos unos meses comenzó con enuresis nocturna sin que supiéramos por qué. Los médicos que lo han visto no encuentran una causa concreta y yo siento inquietud y también miedo de que este problema no se resuelva. Yo me pregunto cómo un niño inteligente y bueno puede tener este defecto, esta limitación que le impide llevar una vida normal. Al principio pensé que con el tiempo el chico mejoraría, pero no ha sido así, y noto que comienza a avergonzarse, a sentirse inferior a los otros niños y a no querer salir de casa. Yo me pregunto qué habremos hecho mal al educarlo, y no logro encontrar nada, y por eso me siento perdido y tengo miedo.

Nuestro apellido, doctora, es Zauner y no somos españoles de nacimiento aunque sí por elección. Mi familia vive en Austria y no se ha movido del lugar de nuestros antepasados. Yo fui el primero en partir, pues sin saber muy bien por qué, desde pequeño sentí la llamada de la música. Nadie antes en la familia lo había hecho y mi padre lo vio como una catástrofe, un riesgo innecesario pudiendo dedicarme al negocio familiar del que se siente tan orgulloso. Pero casi todos los pasos decisivos de nuestra vida los damos por algún impreciso motivo interior. Y yo sentí el impulso de dejar las brumas del Norte y dirigirme al Sur, al encuentro de la luz absoluta, y llegué hasta esa tierra que ya considero mía.

La música y mi hijo son las dos pasiones de mi vida. A mi esposa la quiero, por supuesto, pero es otra forma de amor. Es un amor razonable. El modo de querer a mi hijo puede más que yo. La primera vez que me incliné sobre el vientre de su madre y oí el latido de su corazón, oí el tema de una sinfonía que anuncian las trompas, do, re, mi, un motivo que después recogerán los violines y las violas y el resto de los instrumentos, y que irá apareciendo y desapareciendo a lo largo de la larga partitura que será su vida. Veía la vida de mi hijo como la pura expresión de la música. Momentos de lirismo y esperanza, otros de desolación y silencio, el conflicto de las fuerzas que confluyen y chocan, también la angustia y la súplica, pero recorriéndolo todo, el soplo de la felicidad. Ahora tengo miedo de que pueda no ser así. Sé que las huellas del dolor atraviesan la Historia humana y las vidas de las personas, en finas líneas incontables. Yo deseo protegerlo del dolor y de la humillación, y hacerse el pis por la noche se puede ver como una nimiedad, pero es humillante.

No creo que mi hijo quiera seguir mi camino, no siente la emoción ni la devoción que un trabajo así requiere. Yo le traigo cada año a ver a su abuelo y, es curioso, él que es tan tímido y que nunca ha vivido aquí, es el lugar donde mejor se siente. El pueblo se levanta junto al lago, colgado de la montaña, y lago y montaña delimitan su tamaño y configuran la forma de sus calles y casas. La casa de mi familia era la pensión donde, hace ya dos siglos, paraba el correo. Desde entonces, nunca ha estado cerrada, ni siquiera en las dos guerras, cuando el pueblo era tomado por los soldados. Mi abuelo nos contaba las historias de aquel tiempo, historias de miedo y angustia y también de heroísmo. Contaba cómo la bisabuela Victoria se negaba a cerrar la fonda, lo mismo que se negaba a ceder a la barbarie. Se empeñaba en que la vida tenía que seguir su curso y que nada ni nadie tenía derecho a perturbarla. Solo Dios podía cambiar su destino.

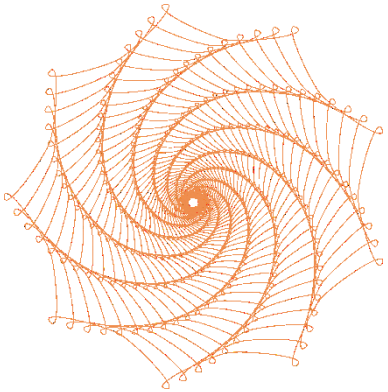
Si usted viene por estas tierras, doctora, verá en lo más alto del pueblo la iglesia rodeada por el cementerio. Allí está la tumba de mi familia con la foto de la bisabuela. Una mujer guapa, de mirada inteligente, con un collar de tres vueltas al cuello y un colgante a juego con los pendientes. El cementerio es un bellísimo jardín que contempla el lago desde lo alto. Las tumbas son humildes con el centro de la tierra repleto de flores y un murete de piedra alrededor. La muerte, vista desde allí, resulta natural, la normal continuación de la vida. El lago, rodeado de altísimas montañas cortadas en vertical, recuerda la laguna Estigia y es fácil imaginarse la barca de Caronte que lo cruza.

El empeño de mi padre de que todo siga igual produce la impresión de que el tiempo se ha detenido. Por la noche, a la hora de la cena, mi padre pasa de

mesa en mesa, vestido con el traje típico, saludando a los huéspedes: *grüss Gott*, que Dios los bendiga. Mientras tanto, sentado en una tarima desde donde se domina todo el comedor, cena el abuelo. Los camareros le sirven en primer lugar, y cuando termina, se levanta y a su vez saluda camino de la salida. Los turistas creen que vestir con el traje del lugar es para impresionarlos, pero no es verdad, es como han vestido toda la vida. A la entrada de la pensión están expuestas en una vitrina las fotos de la familia. La misma bisabuela Victoria del cementerio mira desde detrás del cristal y ocupa el centro del grupo. Debajo de cada foto, un nombre, una fecha y un pequeño comentario. El tiempo y la vida discurren por los rostros, los gestos y las actividades de los fotografiados, y es conmovedora la necesidad de mi padre y de aquellos que lo precedieron, de dar testimonio de que todos los allí representados son los que fueron y siguen siendo en quienes ahora les suceden.

Al atardecer, doctora, y para que se haga una idea completa del lugar que le describo, la noche cae sobre el lago tras un larguísimo crepúsculo y el viento, que baja de las cumbres, barre los restos del calor del día. En verano suele haber grandes tormentas, y tras los truenos y relámpagos, es impresionante contemplar cómo, del fondo del lago, surge la noche. El silencio desciende entonces también a las palabras, se acalla la voz. Uno siente que el misterio de la vida y el curso inmutable de los astros se tocan en ese instante, se dan la mano, y por un momento, hombres y animales, minerales y plantas, confluyen en la armonía primera, aquella del Edén, donde todos los seres son hermanos.

Afectuosamente, Matthias Zauner



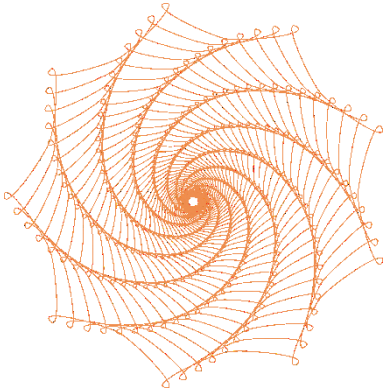
Andrés

El muchacho ha venido hoy a ver a su médico después de dos años, para darle la buena noticia de que ya tiene trabajo y le cuenta cómo se siente abrumado por la imposición y la fuerza que desprenden los triunfadores, por la apariencia hipócrita que oculta lo que no es más que brutalidad y desprecio. Se siente perdido. Cómo va a abrirse camino en la vida, él, que tiene limitaciones, si hasta los que no las tienen, pero no son feroces, son dejados de lado. Cómo salir adelante en un mundo donde las relaciones humanas, que nacen de la afinidad y la simpatía recíprocas, se sustituyen por otras basadas en los meros intereses, donde el encuentro personal se sustituye por el encuentro mercantil disfrazado de aprecios inexistentes. Un mundo donde el cultivo del buen gusto, la bondad, la magnanimidad y la generosidad son joyas rarísimas que, por otra parte, a casi nadie interesan.

Él ya tiene veintidós años, ha conseguido su primer trabajo y se siente vigilado y escrutado. Teme cometer un error, dar un paso en falso, y que todo se venga abajo después de tanto esfuerzo. Teme perder un privilegio, el de tener trabajo, que debería no serlo. Ha descubierto la crueldad del mundo y se siente solo.

Conoce a su médico desde hace diez años, la mitad de su vida, y mientras habla lo mira despacio, concentrado, pensativo, y de pronto le dice, sabes, eres una de las pocas personas de quien me fío. Y su médico le contesta que hay que reivindicar el derecho a ser distinto y el derecho a soñar, que nunca, nunca, se pueden perder las ilusiones. Que es posible ser libre, liberándose de la competitividad desenfrenada, de la necesidad agónica de ser reconocido, de ser el primero, de batir un record, aunque sea estúpido, solo para que los demás lo vean. De esa forma "la prosa del mundo", no terminará adueñándose de "la poesía del corazón" y el ideal de belleza y armonía, que es siempre interior, nos protegerá de los obstáculos y trampas de la vida y pasará a formar parte de nuestra propia naturaleza.

El muchacho observa y el médico continúa, no, no hay que renunciar a los sueños que se entretejen de deseos y son capaces de transformar nuestro destino. No hay que estar a la espera de acontecimientos memorables para ser felices, es la felicidad de las cosas humildes la que la vida nos ofrece: el brillo de la luz en la copa del pino, el sonido del viento en la farola, las nubes que surcan el cielo al atardecer. Sí, es así, es el rumor de la vida que nos lleva y, a hurtadillas, suavemente, se marcha y evapora.



La verdad secreta

En la relación del médico con el paciente hay siempre una parte que no se dice, que se da por sobreentendida y a la que solo se alude. Es la parte secreta que no se nombra, pero que ambos saben que comparten y que constituye en ocasiones un potente lazo de unión. Esa parte secreta puede surgir al principio como algo sencillo y nítido que más tarde evoluciona y adquiere una dimensión compleja y enigmática, más próxima a la verdadera realidad humana.

El médico busca detrás de la apariencia del paciente su verdad secreta, aquella que mejor revela su auténtica naturaleza. El descubrimiento surge en ocasiones de repente, en una visión instantánea que conduce al corazón de lo inmediato. Otras veces se desvela poco a poco.

Para dialogar con el paciente el médico tiene que aprender antes a dialogar consigo mismo, debe aprender a escrutarse y a oírse. Así sabrá quién es él, y de ese modo podrá saber quiénes son los demás. Pero también es posible que el médico ilumine el horizonte del paciente, mientras él mismo permanece en la tiniebla. A través del diálogo el médico da curso a las ideas y emociones del paciente y el paciente, con su presencia, da cauce al quehacer del médico, a su estilo personal de obrar. Es el paciente quien determina en último tér-

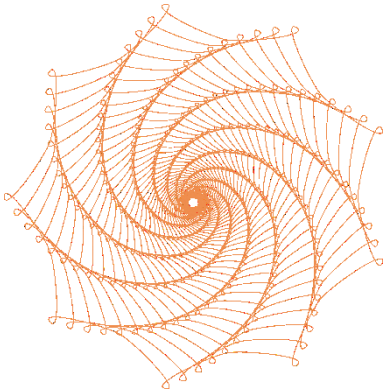
mino el estilo del médico, pues es la presencia del paciente concreto que contempla, escucha, opina y piensa, lo que define el tono de la conversación y del encuentro.

La relación con el paciente implica siempre un estado de espera y de tensión. Es la espera del final deseado y no obstante imprevisible. Es la tensión de la incertidumbre que acompaña a toda enfermedad por simple que sea. El médico y el paciente comparten esa tensión, esa incertidumbre como un poderoso lazo que los une.

Algunas veces la resolución de una enfermedad o de un problema complejo surge del modo más inesperado, cuando menos parecía posible, como si todo se hubiera mantenido en suspenso hasta ese momento concreto, en que la gracia, el arte, o lo que se ignora, entran en escena.

El médico descubre que las historias de los pacientes son la imagen permanente de la vida, el torrente por el que fluyen las pasiones humanas, toman cuerpo y se desvanecen, para volver de nuevo a surgir. La violencia y el dolor se confunden en ese camino con la felicidad y el deseo. Es el flujo y reflujo de la vida, contradictorio y desconcertante, que siempre nos sorprende. Esas historias se entretejen con la vida del médico, le enfrentan con lo desconocido e impredecible, pero también con la transparencia y la luz.

Tiempos cortos



Ángel

Las batallas hay que ganarlas por adelantado, sobre todo la más decisiva, la batalla de la muerte. Si te rindes, ella se anticipa, toma con presteza lo que considera suyo, se acerca de forma sutil, entona su canto de sirena, y tú piensas que esa es la única perspectiva. La visión se concentra, quedas prendido de ese ojo magnético, escuchas la música arrulladora, mejor entregarse, ya no hay puertas ni ventanas abiertas, ya no quedan paisajes del alma, ya no hay recuerdos, solo el fondo del volcán o una corriente que te eleva y te disuelve en la nada,

Ha sido un sueño, te despiertas empapado en sudor, un sueño que puede ser un aviso, son avisos de la mitad de la vida, que nacen de los golpes, hasta que llegue el golpe definitivo. Cuando el hijo no puede ir al médico, pues tiene un examen, decides ir tú en su lugar y apropiarte de esa hora dedicada a las palabras. El impulso que has sentido esta mañana casi te ha conmocionado, quieres recuperar las palabras, ser de nuevo el sujeto del relato. Después de tantos meses, desde que ella se fue, al interés de los amigos respondías con el silencio, atónito ante tanto dolor, confuso o anegado en lágrimas.

Eliges la silla de la esquina; en la sala de espera no hay nadie pero te sitúas apartado, evitando los sillones más cómodos, en un afán inútil de defender la

distancia y la intimidad, ya lo ves, aquí no hay nadie. Te sientas recogido, colocas el brazo y la pierna dañados por la polio en posición fisiológica, si alguien entra no notará nada, verá a un hombre moreno, alto, delgado, con el pelo rizado y unos ojos castaños que miran en diagonal hacia un cuadro de la pared, te gusta el cuadro y recuerdas a tu profesora de arte del bachillerato, ella diría, fijaos, es una sinfonía de granates y rosas, que hacen confluir la mirada hacia el motivo principal, el vaso delicadísimo junto a la rama de mirto, y debajo, como si no estuviera suficientemente claro el objetivo de la pintora, un letrero, que es un color más en el conjunto, "*Vas spirituale*". Te sientes confiado, el silencio y la penumbra te reposan, agradeces la soledad, estar a solas contigo mismo mientras por dentro te va creciendo un relato cuyo principal protagonista eres tú. Durante todos estos meses, desde que ella se fue, te has negado a ser el sujeto de ninguna frase, y cuando los amigos te decían, tú, un dolor agudo te crecía por dentro, ¿yo?, no, el yo por ahora no existe, se lo ha llevado la angustia, no tengo la menor idea de dónde se puede encontrar,

Tú sigues todavía allí, hechizado en un momento fijo, cuando dijo que se marchaba, que ya no había nada, ¡qué frase tan banal!, también te duele eso, la banalidad del adiós, con ese fondo de nubes rojizas que cruzaron por detrás de la ventana y tú ahora recuerdas, mientras miras el cuadro; no es verdad que la vida fluya, solo son momentos, falsos o verdaderos, donde queda anclado el corazón, piensas que la fe te sostiene, pero es solo la esperanza humana de que ella vuelva, una esperanza obstinada, ajena a los hechos, tozuda como los deseos de la infancia, piensas que solo su retorno te permitirá recuperar tu verdadero yo, pero presientes que ese yo ya no existe, se fue como una pavesa llevada por el viento. La vida acontece a golpes y se descubre

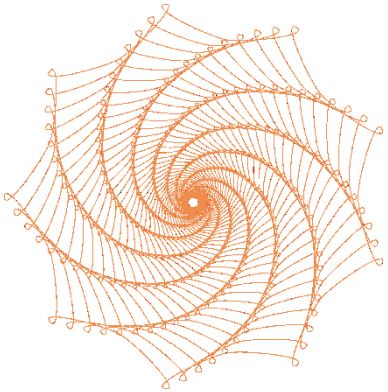
por momentos, poco a poco, a la altura de los ojos, ni más allá, ni más acá. De repente un día todo se derrumba, y un recuerdo, solo uno, ha resultado ser la piedra angular del edificio, quien lo diría, pero en la vida predomina el olvido, y es más lo que no se recuerda que aquello que se guarda en la memoria, esto sí, aquello no, aquello ya pasó y no dejó poso, ya no es nuestro ni es nosotros, pero hubo un gesto, una mirada, un instante de luz, que creíste siempre tuyos, y ahora ya no están.

Te has quedado en duermevela, en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, oyes la música de una iglesia vecina, el organista ensaya una partita de Bach, después Haendel; no sabes si es real o es un sueño, dudas, pero qué más da, también puede ser una música de ángeles y a los ángeles solo se les oye por dentro, y tú, sentado en la silla más apartada e incómoda, te has metido dentro y ni un diván hubiera cumplido mejor su cometido,

Deseas que la espera se prolongue, miras el cuadro y te recuerdas siendo joven, en aquel tiempo de indagación enfebrecida de las cosas, querías conocer la naturaleza de la felicidad, del dolor, del abandono, eran cuestiones de tipo intelectual, pues entonces, estabas a punto de ser médico, te habías enamorado y te sentías feliz; las verdaderas preguntas vendrían después, eran las mismas pero formuladas por los trámites de la existencia, variaciones sobre un mismo tema, y ahora, tal vez porque eres médico, o hubiera sido igual sin serlo, sabes que es posible descubrir los mecanismos de lo que sucede pero su secreto no lo sabe nadie. Nadie conoce la lógica o la falta de lógica que recorre la existencia, pero a ti, eso, ahora, tampoco te importa, solo quieres construir tu relato, horadar los estratos del tiempo, a la búsqueda de detalles

hasta ahora ocultos, que te permitan entender la frase fatal: todo ha terminado, o simplemente, renunciar a entenderla, pensar que es el viento el que empuja la vida como empuja las hojas en invierno, pero quieres comprender, necesitas penetrar el significado de tres palabras que por separado son tan tontas, todo ha terminado, y buscas otras palabras, piensas en palabras distintas y hasta les ruegas que ellas te piensen a ti y así, de modo natural, que surja tu historia, y el relato descienda por tu garganta y te llegue al corazón y tú lo sientas como un elixir curativo que repara las heridas.

La música ha cesado, solo se oyen los pasos de la enfermera que se acerca por el pasillo, viene a llamarte, y tú, por primera vez, te sientes preparado, con un relato que contar, y lo harás en primera persona, pues el cuadro, la música, el silencio y la penumbra, te han llevado donde menos lo esperabas y estás dispuesto a retomar tu historia, allí, donde quedó inmovilizada, en el salón de la casa, con la bandada de nubes que cruza por detrás de la ventana, mientras una voz musita, ya no queda nada.



Daniel

Se ha despertado sobresaltado, empapado en sudor y lleno de angustia: alguien quería matarlo. Él se escondía aterrorizado, cerraba la puerta de la habitación y echaba un candado, pero no servía de nada. La amenaza continuaba igual, alguien quería matarlo, alguien con un poder sobrehumano, a quien no detienen muros ni cerraduras. Intenta tranquilizarse pensando que solo es un sueño, una pesadilla, un terror nocturno que cederá con la llegada del día, pero el mal sueño que lo persigue desde hace meses también impregna sus pensamientos cuando está despierto: algo malo y decisivo va a sucederle, alguien perverso y vengativo va a matarlo. Lo piensa caminando por la calle, sentado en el metro. Mira las caras de los otros pasajeros horrorizado ante la posibilidad de que el criminal esté allí, al acecho, y ha comenzado a escrutar las caras de los compañeros de la pensión. Siempre lo han tratado bien, pero tal vez disimulan y la amenaza se esconde detrás de un rostro sonriente.

Vive en la pensión desde hace dos meses, desde que cumplió la mayoría de edad y tuvo que dejar el hogar para huérfanos de los servicios sociales de la ciudad. El nombre oficial del centro no era ese, era un nombre largo y com-

plicado que no decía nada, y a él le gustaba llamarlo así: hogar para huérfanos.

Busca a tientas el reloj despertador en la mesilla y mira la hora, son las cuatro de la mañana, solo ha dormido tres horas. A medida que el terror a que alguien lo mate ha ido aumentando, el tiempo de sueño ha disminuido, como si ambos fenómenos estuvieran conectados y terror e insomnio se alimentaran mutuamente. Se levanta y bebe un vaso de agua, después descorre levemente la cortina y contempla las luces de las farolas y de los coches. No le queda más remedio que esperar, dar tiempo al tiempo, que pasen las horas, lograr librarse del miedo, y si no puede dormir, poder al menos descansar.

Hoy es su día libre, no tiene que ir a la obra y decide superar el miedo, salir a la calle, echarse a andar. Se encamina al antiguo edificio de la Inclusa, en la calle de O'Donnell. Allí pasó los primeros años de su vida, y allí desea hoy volver. Cruza la puerta con paso decidido, hace un gesto al portero, y se encuentra en el ancho pasillo donde siguen los azulejos de Talavera que revisten las paredes hasta media altura. Todo lo demás ha cambiado, la Inclusa ya no es Inclusa, moquetas de color azul eléctrico han sustituido las baldosas del suelo y lámparas de estilo posmoderno cuelgan de los techos. Camina despacio, lo mira todo, se olvida de todo, se olvida del miedo.

Desea salir al patio, allí donde los sacaban a jugar. La puerta está cerrada, por la ventana se ven algunos escombros, el edificio que había en el centro ha sido derruido, ya nada parece igual. Da un rodeo, sigue buscando una salida, no puede marcharse sin ver qué es lo que queda, cuáles son los restos de lo que fue su vida. Al fondo hay una puerta cerrada, la empuja, por primera vez

no teme que alguien detrás espere para matarlo, solo piensa en llegar al patio, a la zona de los árboles y los columpios. Al otro lado la luz de la mañana se refleja en las paredes, le late el corazón, no piensa en nada, no oye nada, solo mira: el banco de piedra en forma de semicírculo alrededor de la fuente, unos restos de hiedra en un rincón, el árbol seco. El columpio ha desaparecido pero queda la escalera por la que subían al tobogán. Recuerda las peleas, todos querían subir el primero, nadie quería guardar el turno. Allí están, Andrés, Macarena, Lucía, Javi con el coche, Luis, Tomás, Esteban. Tienen los mismos ojos, el mismo gesto expectante, lo miran a él, le preguntan, qué tal. Poco hay que decir, mejor no decir nada, solo mirarlos, tal vez sonreírles, él que nunca sonríe.

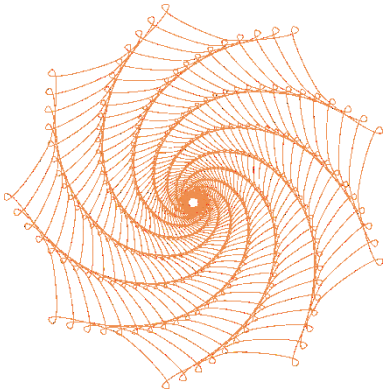
Cruza el patio como el caminante que cruza un vado en la noche y no sabe si lo arrastrará la corriente o después del esfuerzo sus pasos pisarán tierra firme. Está cambiando el tiempo, se ha metido el sol y ráfagas de viento levantan el polvo de los años de abandono. Será el viento el que derriba a los seres humanos, no la locura. El mismo viento que hacía correr a las monjas y asustaba a los niños.

Hoy ha vuelto, después de tantos años, huyendo del terror que lo persigue. Él no ha elegido el día, el día lo ha elegido a él, con este cielo que se encapota por momentos, con estas nubes grises y redondas como platillos volantes que se trasladan veloces y brillan, como un anuncio, como una premonición. El cielo amenaza pero no llueve, solo el viento y las ráfagas de luz que van y vienen, siguiendo el juego de las nubes. Sí, así es la vida, una carrera hacia no se sabe dónde. Pero él ha vuelto al lugar de donde partió. Esta mañana,

cuando salió de la pensión, había emprendido el regreso hacia ese punto de su vida cuyos recuerdos nunca lo han abandonado. Después, otras cosas le han sucedido, pero han quedado fuera de su memoria, o al menos de la memoria que ahora lo acompaña.

Vuelve a cruzar el patio y se sienta en el banco. Casi nunca ha sentido lo que los otros llaman la dicha, pues hasta en algún momento en que ha creído ser feliz, un leve sufrimiento lo acompaña por dentro, como el dolor en el costado después de ganar una carrera. Y ahora este miedo, este terror añadido a que va a morir. Durante algún tiempo pensó que la solución estaba en saber fingir, fingir lo que uno es y lo que ha sido. Fingir para conseguir las cosas. Pero a él no le ha dado resultado, no es su estilo, las cosas, una vez logradas, no le parecen reales, las tiene pero no le pertenecen, es como tenerlas sin que sean suyas, como si no fuera posible añadir algo a lo que nunca se tuvo. Y él nunca tuvo nada, y el que no tiene nada y pretende tenerlo es solo un impostor.

Él ahora tiene algo que siente como solo suyo y que no le abandona, el miedo. Para librarse de él necesita gritar como cuando era niño. Es el grito que recuerda de entonces, suma indistinta de los gritos de los niños, en medio de este silencio prodigioso que, ahora, mientras lo contempla, recorre el edificio. Él estuvo aquí, aquí echó a andar, comenzó a ver, empezó a oír y escuchar, pero nada de lo que ahora le rodea es suyo. Ni nunca lo fue. Solo el grito, el viento que sale de sus pulmones, irrumpe en la luz, recorre el patio y es capaz de conjurar el mal que lo aflige.



Poesías

I

Soñar que la belleza sea verdad
y la inocencia exista
que la vida no sea solo lágrimas
dolencia agazapada por voluntad de los dioses.

Soñar, soñar siempre, cuando la luz
se pierda en la sombra y chirríe el gozne de la puerta.
Soñar desde el principio que el bien único
que hay en este mundo
continuará su trayectoria imaginaria.

Dejar errar los sueños y que salgan al encuentro
en una flor
en una gota de escarcha a punto de fundirse
en la hermosura del comienzo cuando todo termina.

II

La noche alarga
las sombras de los árboles
su follaje se torna viento
olas de espuma
y el día se recuesta
más allá de las estrellas.

Los relatos

Los relatos de este libro son historias que solo la autora conoce y que, por tanto, solo ella puede escribir. Nacen del deseo de que las vidas de sus pacientes no se pierdan y pasen a formar parte del mundo de la escritura y de los libros. Así otras personas y otros pacientes, al leerlas, se sentirán reconocidos y quedará patente que la vida de las personas que sufren problemas psiquiátricos no es una vida enajenada y extraña, sino cargada de riqueza, como la de cualquier ser humano.

Las fotografías

Las fotografías de este libro son inseparables de los relatos, forman parte del relato.

El fotógrafo, Luis Viani, ha tocado, también él, el alma de los protagonistas.

María Jesús Mardomingo

Tiempos cortos

Historias de Psiquiatría Infantil

Edición digital de la Autora, 2019